

Ricardo Jauregui Urighien

**Miscelánea
de un
Crovador**



Ricardo Jáuregui Urigüen

Biblioteca Pública

3545
(3.263
E861

Miscelánea
de un
Ůrovador



1920

*A Cuenca,
en el primer centenario
de su heroica independencia*

Ricardo Sáuregui Alrigüen





ENSAYO HISTORICO - CRITICO

SOBRE LA LITERATURA AZUAYA



DEBER ineludible del hombre es el amor filial. Albergado en lo íntimo del corazón por la madre Naturaleza, en forma de dulcísimo sentimiento, fue, un día, grabado como formidable precepto, por la mano de Dios en la bruñida piedra que Moisés le presentara sobre el monte Sinaí. ¡Pasión y ley! He aquí la doble esencia de ese amor sagrado: incorruptible fruto del *Arbol de la Vida*; fruto en el cual se han condensado, dirélo así, los jugos todos y los perfumes de la tierra y cuya sagrada inmunidad garantizada fué por la Providencia con esos legendarios relámpagos del Sinaí y con ese tremendo horror de las tinieblas exteriores, que diría el Evangelio.

Dentro del amor filial enciérrase el amor de la Patria, como la perla dentro de la concha que la aprisiona.

El amor de la Patria —noble y poderoso sentimiento que, a través de las edades, ha venido engendrando los dioses de la Historia— es quien ha realizado sobre todo el haz de la tierra las obras más estupendas de la infatigable especie humana. Sí: el amor de la Patria, ese acongojado numen que gimiera con los inmortales acentos del arpa de Israel, a la sombra de los sauces de Babilonia, fue el mismo que, triunfador y opulento, estalló, como rayo, en la honda de David y erigió, más tarde, el famoso templo de Salomón. El amor de la Patria fue ese heroico semidiós que, en el estrecho paso de las Termópilas, armara el férreo brazo de Leónidas y, luego, en los sangrientos campos de Salamina y de Platea, inmortalizó el siglo de Milciades y Temístocles. El amor de la Patria fué ese soberano genio creador que fijó en las márgenes del Tíber, allí donde la simbólica Loba sustentara a Rómulo, los incommovibles cimientos de la Ciudad Eterna. El amor de la Patria fue el sagrado fuego que, condensado en abrasador relámpago, vibró la diestra de Pelayo, en la fragosa sierra de Asturias; ese amor, la fragua olímpica en que templara Carlos Martel su invicta espada, terror del Sarraceno; ese amor, la soberbia Musa que arrancó del arpa de Homero la prodigiosa epopeya de Ilíon y, en remotos siglos, grabó con la espada de Bolívar en el granítico flanco de los Andes la maravillosa epopeya americana. El amor de la Patria Mas ¿quién pudiera enumerar todos sus prodigios? Los desiertos se pueblan y los mares gimen bajo el peso de las naves ¿por qué? Porque, allí en medio de la abrasadora arena del desierto —a la sombra de la frá-

gil tienda,— o allí, en medio de las turbulentas ondas de la mar— sobre la carcomida quilla —vió el hombre la luz por vez primera o mezcló su tímido vagido con ese formidable retumbo de las olas. Puñado de tierra que anima y sensibiliza la ignorada fuerza de la Vida ¿cómo podrá el hombre olvidarse jamás de su nativo suelo, de ese amado suelo, del cual no es más que un terrón desligado? La sangre de sus venas raudal es de la propia fuente en que bebió su perfumada savia el árbol viejo que diera sombra a la casa solariega y que, más tarde, derribado por el cortante hierro y luego transformado y pulido por su propia mano, fue la primorosa cuna de sus inocentes hijos y el sagrado ataúd que guarda las cenizas de sus padres. Sus recuerdos y sentimientos hermanos son de las flores y los frutos del nativo valle —primorosos hacecillos de la luz del sol que la Vida cuaja en las reconditeces del cerebro y el corazón y en los húmedos surcos de la heredad querida. La música de su palabra ¿qué otra cosa es que una perenne resonancia del gorjeo de las aves que anidaron en el musgoso alar de su casa y del susurro melodioso de las brisas que se embriagaron con los perfumes de su jardín predilecto? A través del espacio y del tiempo, en la memoria del hombre van aquellas cosas y aquellos seres animados que con él coexistieron en el risueño valle de la infancia, y aun puede decirse que el hombre vive de esos recuerdos, ya que la esperanza misma no es otra cosa que un pertinaz anhelo de hallar otra vez, aunque en diversas formas, esas dichas que fueron.

El amor de la Patria He aquí la única razón por la cual aparece hoy este pequeño li-

bro en medio de la Sociedad: Cuenca se prepara a celebrar la primera centuria de su heroica independencia y, en medio del armonioso concierto de esa pléyade de inspirados ruseñores que la ensalzan y deifican, porque le debieron la vida y el genio que los inflama, preciso era que también mi corazón dejara escuchar sus apasionados latidos, consagrándole mis versos, como sincero testimonio de mi amor filial.

Muchos de los poemas que forman esta colección publicáronse ya en diversas ocasiones; sin embargo, hoy se editan de nuevo, porque se hallan casi absolutamente transformados, merced a un prolijo estudio realizado a la serena luz de otro criterio que se adquiere sólo con la experiencia de la vida. De aquellas composiciones casi no queda más que el nombre; *son odres viejas, henchidas hoy de vino nuevo*. Leales exponentes de diversas situaciones de mi espíritu, mis versos tienen el sello de la sinceridad: única condición de que me ufano, porque la sinceridad de la inspiración es el único carácter esencial de la poesía. Por lo demás, no abrigo la pretensión de que mis versos sean dignos de la fama. La rima, sólo manejada por el genio puede llegar a ser símbolo trascendental, dice un afamado crítico vienés.

Aunque soy, como Pascal, acérrimo enemigo del yo, precisado me veo a hacer aquí algunas revelaciones de mi propia intimidad. Ese fondo de pesimismo que encierran casi todas mis poesías no es obra de un bastardo filosofismo —ridícula invención de algunos versificadores,— sino la imagen fiel de una profunda noche de amarguras que reina en mi corazón. He trabajado con em-

peño por ver de emancipar a mi atribulado numen de tan pesado yugo que le impusieran las crueldades del destino; pero esto me ha sido imposible. Las cuerdas de mi lira, retempladas en la fragua del dolor, sólo tienen acentos de gemido y mi espíritu, acostumbrado a ver las cosas detrás del sombrío prisma de las lágrimas, sólo descubre en el universo mundo un piélago infinito de aflicción. Sin embargo, a nadie hago responsable de mis infortunios y, resignado, bendigo la mano de la Providencia que me ha herido tantas veces.

La Vida es Martirio. Aunque algo tiene de autobiográfico este poema, es mucho más generosa y amplía la idea que determinara su creación. Cuando apareció por vez primera no respondía, ciertamente, a su verdadero objeto. Parece que hoy he conseguido desarrollar esa idea y, en esta virtud, he podido trazar un cuadro del martirio que sufre todo hombre, en medio de la Sociedad, como necesaria consecuencia del *crimen de haber nacido* y, sobre todo, el hombre bueno que anhela redimir a la especie, consiguiendo solamente provocar en su daño la inquina de la fiera humana. La Cruz es la única nave que arriba a lejano puerto, en el seguro naufragio de los redentores.

Apegado, no sé si por idiosincracia o por educación, a la forma clásica, mi obra resulta un anacronismo acaso. No obstante la entrego a la publicidad, confiando en el espíritu del siglo que no es otro que el espíritu de tolerancia y hasta de absoluta indisciplina. En parte abona mi temeridad el hecho de que un buen número de mis composiciones tienden a la nacionalización de la poesía: ✓

circunstancia aceptable y, de hecho, aceptada por todas las escuelas.

Extraña cosa es, en verdad, concurrir a la celebración de una fecha gloriosa con gemidos y plegarias; mas, como nada tengo que pudiera ofrecerse dignamente en el ara de la gloria, con este mísero ramillete de flores de ensueño y de aflicción acudo, desde lejana tierra, a rendir el homenaje de amor filial, depositándolo a los pies de la heroica y sabia Cuenca. Pero antes séame permitido trazar, siquiera sea a grandes rasgos, un ligero esbozo de ese admirable cuadro que nos ofrece la historia de la Literatura azuaya, en la cual cada página es una como primorosa guirnalda de laurel.

¡Qué imperiosa necesidad del corazón humano es la hermosa acción de encomiar a la Patria! Al escribir hoy de la Literatura azuaya, me propongo únicamente satisfacer los anhelos de mi corazón, rememorando unas cuantas glorias de mi tierra que me son tan queridas y que acaso desconocen muchos compatriotas; porque, en el Ecuador, ocurre que las provincias del un extremo de la República más se hallan al corriente de los sucesos extranjeros que de aquellos que se verifican en las provincias del extremo opuesto. Mientras una red ferroviaria no enlace las diversas secciones de un país, será imposible la verdadera cohesión social de ese pueblo.

..

PARECE que es destino de los azuayos tener el corazón transformado en lira. ¡Oh! qué

nutridos y fecundos son los anales de los triunfos literarios de esa tierra! En verdad, nada hay tan hermoso en la Historia General de la República como esa serie nunca interrumpida de ingenios peregrinos que, en los estrechos límites de un siglo de vida autónoma —enturbiada con frecuencia por la copiosa onda de sangre que vierte nuestra idiosincracia política— ha venido acumulando un grande acervo de preseas de varios géneros literarios, casi tan valiosas como las más preciadas del Siglo de Oro de la madre España.

En el Ecuador carecemos de poesía nacional. Prescindiendo de la Cumandá de Mera y de varios escritos poéticos de González Suárez, en especial su famoso libro *Armonías de la Naturaleza*, algunas de cuyas páginas contienen más poesía que muchos volúmenes de versos, como lo afirma Menéndez y Pelayo; prescindiendo, digo, de aquellas obras, todo el acervo de nuestra inspiración raudal es que emana de exóticos mauantiales. El propio Olmedo —cantor de nuestras hazañas legendarias, Píndaro americano— por ese giro clásico de la expresión que nos recuerda los poemas de Virgilio y de Horacio y por la repetida evocación de los dioses del Olimpo, más que un bardo propiamente americano, es, en rigor de verdad, un gran poeta greco-latino. Llona—Job contemporáneo— jamás lloró los infortunios de su país ni de la raza: sus enormes lucubraciones rebosaron de esas lindes y fue un inmenso declamador de los infortunios de la humanidad. Montalvo —retórico incomparable, soberbio rey del *léxico*— en sus cuadros inmortales, no retrató del Ecuador sino aquello que se debiera esconder:

la perversidad de los unos, la ruindad de los otros y la vergüenza de todos. No ocurre lo mismo con la poesía y los poetas azuayos. La implantación en Cuenca de la Lirica Mariana —celeste peregrina que fijó su tienda en las márgenes del Tomebamba y se cubrió con ese espléndido manto de flores, *Los Sábados de Mayo*— y la acertada dirección que, con motivo de los numerosos cantos anuales a la Virgen, va imprimiendo Nicanor Aguilar en las vocaciones nacientes y, sobre todo, la inauguración de la grandiosa escuela poética de Remigio Crespo Toral, magníficamente fomentada, dirélo así, por Remigio Tamariz Crespo, han creado en esa comarca el primer árbol frondoso de literatura propia. A la sombra de ese árbol divino se acojerán, en tiempo no lejano, los espíritus que, en el Ecuador, se hallen exentos de esa vesania colecticia que hoy embarga el mundo de las letras —inesperada resurrección del condenado gongorismo.

La Escuela Clásica, aunque bien depurada del gusto añejo, es casi la única que ha frutificado en Cuenca. Sí: en la virgen tierra azuaya echada fue la simiente buena y luego perdurable ha sido la exuberante floración de ese privilegiado jardín de Minerva. Generoso exponente de la gran cultura religiosa y civil de Cuenca, esa Literatura es, al propio tiempo que un dechado de belleza, un maravilloso código de la verdad y el bien, y es que la Musa azuaya obedece aún al sabio impulso con que la severa moral del Cristianismo orientóla, en sus primeros vuelos, hacia la remota cumbre de la Verdad: sólo la verdad es bella, porque es buena.

Mientras el corazón y el espíritu azuayos — prolíficas abejas de la gaya ciencia— sólo se nutran con la miel de los cármenes florecidos de su propia tradición gloriosa, no se aclimatarán en Cuenca esas morbíficas flores, cuyos deletéreos perfumes enloquecen a las musas; porque las extravagantes concepciones del *Decadentismo* no son otra cosa que una consecuencia natural del extravío de las conciencias. Parece que la perturbación del sentido estético significa necesariamente la perturbación del sentido moral. En comprobación de mi aserto, copiaré aquí un juicio de Menéndez y Pelayo. Sobre todo se repara, dice, que esa perversión de notables ingenios no se limita a lo puramente técnico y formal, sino que suele unirse con graves aberraciones del sentido ético.

No la obra de Rubén Darío, sino la bastarda obra de la mayoría de sus imitadores, es la que ha hecho de ese nuevo sistema literario una verdadera monstruosidad del intelecto humano; confundiendo y embrollando de tal manera sus múltiples formas y manifestaciones que es imposible precisarlo, deslindarlo o definirlo. No sé bien, exclama don Miguel de Unamuno, no sé bien que es eso de los modernistas y el modernismo, pues llaman así a cosas tan diversas y hasta opuestas entre sí, que no hay modo de reducirlas a una común categoría.

Sin embargo, menester es distinguir y aceptar lo que tiene de bueno el modernismo y es esa valiente y definitiva emancipación del numen de la rigurosa forma clásica —tremenda anquilosis de la riquísima fantasía del siglo y rémora implacable del refinado sentimentalismo de la época. No

respetar y aun aplaudir algo que haya de bueno en un sistema cualquiera, por absurdo que este sea, es propio de un egoísmo torpe y avieso y no de la crítica inteligente y sana. La conquista de la forma moderna, sin llegar a la exageración ni a la *extravagancia*, por supuesto, es obra buena y digna de encomio. Quizá fue esta la única innovación que anhelara Rubén Darío. Mal entenderá a los escritores y a los artistas el que los juzgue por la obra de sus imitadores, dice Rodó. Y en efecto, Darío hizo una obra bella porque también fue buena: sólo que se requiere algún esfuerzo de sagacidad y penetración para descubrir la íntima trama de su obra, los poderosos sillares en que asentó su fantástico palacio de Aladino —aérea y divina mansión de hadas bulliciosas— que, en último análisis, no es otra cosa que una primorosa obra de ataujía, confeccionada con elementos desprendidos del soberbio edificio clásico y perfectamente cimentada sobre los incommovibles principios de la Lógica y la Moral. Ninguno de los hechizados fantasmas que evoca Rubén Darío carece de esa actitud propia y adecuada del equilibrio, ni del aire y compostura peculiares del caballero decoroso y de la honesta dama. *Modernismo clásico*, llama Rodó a la poesía rubeniana, y aquí, en esta paradoja, es donde precisamente estriba la dificultad de la buena imitación; porque a ninguno de los ingenios de la época le fue concedido ese don de extraordinaria nigromancia con que el prodigioso mago pudo resucitar y hacer danzar a los dioses y a los príncipes azules y pomposas damas de la edad del Ensueño, en plena evolución democrática de nuestro siglo.

Páginas Literarias es la revista que con mayor ahinco trabaja por ver de implantar el *modernismo* en Cuenca; pero, dicho sea en honor de la justicia, ese modernismo que fulgura en Páginas Literarias digno es del aplauso de los espíritus serios y el único ensayo de este jaez que puede aceptarse en toda la República, y es que los equilibrados ingenios del Azuay han tomado de la escuela rubeniana solamente la libertad del ritmo y de la rima; es decir, aquello que no les impide conformar sus creaciones con la manera de ser sencilla, hermosa y buena de las creaciones naturales. Esas primorosas flores con que nos deleitan el soberano numen de Gonzalo Cordero Dávila y la traviesa y delicada musa de Remigio Romero Cordero, Alfonso Moreno Mora y de otros jóvenes ingenios, hijas son de noble y discreta fantasía, que florece en los jardines de la inteligencia y a pleno sol de un mágico optimismo.



GON Fray Vicente Solano, el más erudito de cuantos lo han sido en el Ecuador, nació la cultura intelectual de Cuenca; rigurosamente calcada, como era menester que lo fuese en tratándose de la obra de un fraile, en la severa moral cristiana y perfectamente adaptada a la única literatura que siempre ha servido para hacer la propaganda católica: el Clasicismo.

Asombroso fue el caudal de ciencia que pudo adquirir ese humilde franciscano, nacido en un recóndito pliegue de los Andes y encerrado en la fría celda de un convento, en la precisa época del

más riguroso aislamiento de América, debido al sistema colonial, empeñado entonces en ahogar el naciente germen de la Revolución. No obstante, de Solano puede decirse que lo supo todo y aun puede considerársele como a verdadero padre del Periodismo ecuatoriano. Fue el primero en el Azuay por la iniciativa y es aún el primero en la República por la variedad y esplendor de las armas que esgrimiera, en el soberbio estadio de la prensa. A Solano, Montalvo y Calle se debe, de manera especial, la definitiva consagración de nuestro Periodismo en el augustó templo de la Fama. Sin embargo, es reprochable en Solano el uso que hizo de la sátira mordaz y del grosero insulto, en trances apurados de la lucha; porque ese repugnante vicio, practicado luego por Montalvo y Calle, empaña el resplandor de nuestra gloria periodística. Siempre, aun en la misma derrota, será timbre de gloria el triunfo de la dignidad y el decoro.

En la primera tipografía venida al Ecuador e inaugurada en Cuenca por el General colombiano, don Ignacio Torres, hizo el sabio sus múltiples y valiosas publicaciones.

Teólogo profundo, según lo aseveran los jueces en la materia, escribió sobre esa difícil y controvertida ciencia metafísica con el primor y galanura de los renombrados místicos de Castilla, cuyo lenguaje manejaba con nitidez.

Observador sagaz y concienzudo naturalista, supo arrancar, con diligente mano, algunas de las primeras flores del ignorado jardín ecuatoriano y, aunque no profundo en el conocimiento de la Historia Natural, hizo también curiosísimos estudios

acerca de la Geología, la Fauna, etc. de estas vírgenes comarcas

No un consumado estadista; pero, cuando menos, un concienzudo poseedor de la filosofía del Derecho y de la historia general de la Política, formuló varios juicios y raciocinios muy acertados sobre las ocurrencias políticas —americanas y europeas— de su tiempo

Humanista distinguido, enseñó a muchos de sus compatriotas el manejo del riquísimo idioma de Cervantes: sus escritos son modelos de muy buen estilo. Además, comentó la Historia Universal; presentándola como el mejor código de moral y de política que debieran aprender los suyos, en el crítico instante del nacimiento de la Patria. Buena y oportuna fué su *Revista de algunos hombres célebres*, y su traducción del libro de Salustio, *La conjuración catilinaria*, obra es que ha merecido mucho aplauso. En esa traducción se lo lee a Salustio, como si fuera en su propio idioma, decíame, de manera confidencial, otro sabio sacerdote y conocido poliglota azuayo. Traducir bien una obra buena es empresa más ardua que ser autor de esa obra, nos lo advierte el mismo sabio.

Atinado y profundo crítico, apreció exactamente el mérito de los hombres, de las obras y de los hechos que juzgó. Sus censuras de los cantos del egregio Olmedo, si en ese entonces aca-rrreáronle rabiosas diatribas, confirmadas fueron después por la crítica mundial. Nadie, como Solano, defendió a Bolívar, y pregonó su gloria y su mérito, con heroica osadía y leal franqueza, en la época terrible en que era una obsesión general el

ansía de menoscabar la nombradía y calumniar el patriotismo del Libertador.

Polemista insigne, triunfó de cuantos fueron sus adversarios y el atleta extranjero, J. A. Irissarri, que, acostumbrado a vencer, midió con él sus armas, retiróse al fin asombrado de la titánica fuerza de su ilustre contendor.

Gran patriota, trabajó con ardimiento, en la prensa y en la tribuna, con la airada protesta y el consejo sabio, por ver de reformar nuestra turbulenta democracia; él fue el primero que, con honrada decisión, puso la mano en la llaga, demostrando que la causa eficiente de la anarquía que nos devora es la brutal preponderancia del militarismo y la inicua profanación del derecho de sufragio.

Orador sagrado, su voz fue escuchada por la sociedad de Cuenca, como si fuera la voz de un oráculo divino. Pero, basta ya Con la prolija enumeración y una somera apreciación de las obras y de los méritos de Solano, habría material suficiente para componer un libro.



MIENTRAS, Solano, inundaba los ámbitos de la República y aún de gran parte de la América latina con el resplandor de su ciencia, florecían en el Azuay otros ingenios que, aunque de menor talla, son muy dignos de recomendarse a la admiración y gratitud de sus compatriotas.

Figura en primera línea Don Benigno Malo. Fundador de una distinguida familia cuencana —familia en la cual constituyen algo así como una herencia el talento y la virtud— edificó a la

sociedad con el ejemplo de sus purísimas costumbres; el hogar ha sido siempre la verdadera escuela práctica en que el hombre aprende la conducta que ha de observar en la vida pública.

Cristiano fervoroso y patricio ejemplar; jurisconsulto de renombre y cotundente orador parlamentario; gran literato de la escuela clásica y honrado y sereno periodista —asiduo colaborador de Solano, — el doctor Benigno Malo ejerció una influencia enorme en el desarrollo social y científico de Cuenca y fundó, en asocio de otros próceres, algunos de sus mejores centros de educación.

Gran estadista, legislador y magistrado integérrimo, trabajó con tesón, y alguna vez de acuerdo con García Moreno, por ver de organizar definitivamente la República; nutriéndola con los manjares suntuosos de la moral cristiana. Condenado al ostracismo por sus adversarios políticos, fascinó a un pueblo con el fulgor de su talento; conquistando de esos extranjeros grandes simpatías a favor de su país, con sus prendas de caballero digno y de virtuoso y noble prócer. ¡Su memoria esplende, como una estrella purísima, en el cielo de la Historia Nacional!

Coetáneo de Malo y dignísimo compañero suyo, en la ardua labor social e intelectual, fue el doctor Mariano Cueva. Aunque originario de la noble y fecunda ciudad de Loja, fundó en Cuenca su distinguido hogar, y las grandes virtudes y talentos que ese esclarecido patricio puso al servicio de la Nación, sirvieron de inquebrantables remos con que pudo gobernarse la nave de la Sociedad, en negros y borrascosos días.



UNA pléyade de ingenios —falanje organizada y disciplinada por la sabia Compañía de Jesús, dirigente en aquel tiempo del mejor centro docente del Azuay— emprendió la ardua y difícil ascensión a la cumbre de la Ciencia y el Progreso, llevando henchida la robusta fiambrrera con el incorruptible pan del Evangelio y con esos saludables y deliciosos refrigerios del verdadero amor de la Patria y de la inquebrantable fe en su glorioso porvenir. Escritores correctos; inspirados vates; distinguidos oradores sagrados, forenses y parlamentarios; ilustrados periodistas —casi siempre colaboradores de Solano,— insignes teólogos, sabios médicos, elocuentes abogados, severos filósofos, patricios intachables Con cariño y veneración, la posteridad recuerda sus esclarecidos nombres. Y en verdad que los doctores Parras y Córdovas, José Rafael Arizaga, Pío Bravo, Vicente Cuesta y muchísimos más, hombres de gran saber y de rígida moralidad, hicieron de Cuenca algo así como una Esparta nueva en el corazón de América, y nos legaron un magnífico acopio de sana literatura: dígalos si no esa aplaudida obra, *Cartas de la Tierra Santa*.

Mas, he aquí que, en medio de esa muchedumbre de eximios varones, descuella ya con perfiles de coloso la majestuosa figura de don Antonio Borrero, el siempre esclarecido *Catón ecuatoriano*. Es bien conocida su historia política que ocupa algunas páginas de la historia nacional. Como escritor, Borrero, se distingue por la clásica contex-

tura de la frase y lo peculiar y personalísimo de sus concepciones filosóficas, siempre claras y precisas y alguna vez grandiosas.

El egregio Juan Bautista Vázquez distinguió-se también por aquellos tiempos. Fue el creador, aunque con eficaz apoyo de otros conciudadanos, de una gran porción de centros de enseñanza liberal y práctica que enriquecen hoy al espíritu azuayo. Jurisconsulto eminente, corrigió y enmendó nuestro Código Civil. Gran orador forense y parlamentario, llegó a ser considerado como una especie de oráculo del Foro y el Parlamento ecuatorianos. Brillantísima fue su actuación en los Congresos de aquella época noble y digna, en la cual nuestra Asamblea Nacional era algo así como un severo estadio, donde se dirimían las dificultades de la justicia con las armas de la razón, y no, como ahora, una oscura y afrentosa caverna de bandalaje. Alguna vez se las hubo con don Juan Montalvo. Refiérese que, irritado el espléndido retórico, trataba de aturdir y confundir al filósofo y legislador, lanzando sobre él una enorme cascada de flores y de luces, de tremendas imprecaciones y de airados anatemas; pero, todo en vano: su soberbia pompa deshacíase en innúmeras partículas; reventando, como el Tequendama, contra esa inconmovible roca de la verdad y de la ciencia. Firme y seguro en la idea, inflexible en la teoría, preciso en la forma, implacable en la argumentación, un Ajax legislador, causaba la vergüenza y la desesperación de sus inmensos contendores.

Contemporáneo suyo fue el agudísimo e in-

genioso Tomás Rendón, personaje erudito, como pocos. Sobrino y discípulo de Fray Vicente Solano, como su ilustre predecesor, escribió mucho y bien sobre varios temas literarios y científicos; sin embargo, su personalidad resultó un tanto ambigua o desprestigiada, a causa de su carácter huraño, suspicaz y agresivo.

Fecundísima raza de próceres, la gran familia azuaya produjo entonces un brillante ejército de varones ilustres y denodados que defendieron a la República, con la acción y la palabra, con la pluma y el fusil, de esa irrupción de bárbaros que, al fin, han dado al traste con todo el esplendor y magnificencia de la *Patria de García Moreno*. Filósofos profundos, como Tomás Abad; abogados eminentes y jueces integérrimos, como Juan de Dios Corral, Santiago Carrasco, Miguel Prieto, y otros muchos que, en la prensa, en la cátedra, en la tribuna, en los comicios, en donde quiera defendieron sus ideales con franqueza y dignidad; haciendo un verdadero derroche de sabiduría, buena fe y energía de carácter. En los Congresos de esa época de violenta y armada transición política, fue en donde, muchos de ellos, llegaron hasta la sublimidad de la elocuencia y del heroísmo. Impugnaron al Liberalismo razonador en todos sus reductos, a pesar de esa actitud hostil y criminosa del ya triunfante *radicalismo machetero*. La protervia ensañábase contra esos hombres, amontonando sus rugidos; pero, todo en vano: que ellos se rindiesen, imposible.... ¡Eran gigantes chapados a la romana y muy capaces de reventarle el cráneo, con el

propio báculo de Papirio Manio, al radical desaforado que se les iba a las barbas!



ASÍ, con la acción y el ejemplo, con la abnegación y el sacrificio de tales hombres, se formaron el espíritu literario y esa integridad y nobleza de carácter de los azuayos: cualidades que las recónditas leyes biológicas de asimilación y evolución van transmitiendo, como una onda de energía, de generación en generación —herencia indiscutible de esa colectividad humana, sagrado depósito del hogar, envidiable florecencia del terruño.

Parece que entra de lleno en la profunda y sabia economía de la Providencia esta manera sencilla y eficaz de crear la *idiosincracia* o la manera de ser propia y definitiva de cada pueblo. No en la situación geográfica, ni tampoco en las condiciones geológicas, meteorológicas, etc. de las diversas zonas del planeta, ni mucho menos en las convencionales formas de gobierno se debe de buscar la característica o, mejor dicho, la primera fuente de esa vida singular, de esa índole peculiar y exclusiva de cada una de las agrupaciones humanas, sino en la universal *ley de la herencia*, merced a la cual es transmitido a las generaciones sucesóneas el temperamento o esa especial *textura fisiológica* —el talento de la guerra, de la diplomacia, de la hermosura, de la virtud, etc. — que constituyó el patrimonio de la primeras generaciones; siendo de advertir que ese patrimonio primitivo de una sociedad se debió únicamente a

la aptitud congénita de un hombre superior, cuyo espíritu al expandirse, dirélo así, conmovió enérgicamente el alma de sus coterráneos, despertando en ellos la fuerza de la emulación, que los indujo a buscar los medios de practicar las acciones o realizar los hechos que admiraban, como dones exclusivos de su privilegiado compañero; haciéndolos suyos merced a la ley de la *asimilación*. Esta es una verdad que la Historia nos pone de manifiesto a cada paso. La población de Cuenca, cien años ha, fue casi bárbara. Los extranjeros sabios que la visitaron, sufrieron en su recinto algo así como un calofrío que precediera a la necrosis intelectual o sea a la atrofia de esa grande y hermosa vida del espíritu, que inundaba ya los ámbitos del Continente, e hicieron la más vergonzosa descripción de las condiciones sociales de la capital azuaya. En tales circunstancias nació Fray Vicente Solano y bastó el generoso impulso dado por su grande espíritu para que esa indigente sociedad se apersiviese a la conquista de la civilización y el progreso: sobre el ala de la ciencia, porque científico fue el genio de Solano —progenitor de esa cultura,— como fue la guerra el principal factor del engrandecimiento de Roma, porque el genio de Rómulo fue guerrero. Hoy, Cuenca, es uno de los mejores centros de civilización del Nuevo-Mundo. Cada generación trae al Azuay la herencia de ese viejo genio, enriquecida con las inmediatas conquistas de sus padres y que, a su vez, ha de mejorarla; porque la ley de la *evolución* no es otra cosa que la aptitud de la perfectibilidad. Así, pues, Luis Cordero, no será ya como Solano —progenitor de la *idiosincracia* azuaya,— un personaje es-

clarecido dentro de la Nación únicamente, sino un grandioso exponente de la genialidad de la raza. Hombre grande entre los hombres grandes del Ecuador, él fue quien plantó en esa fecunda tierra azuaya el *árbol divino de las Musas*. Sus arrebatados y sonoros cantos líricos dejáronse escuchar en todo el Continente y atrajeron las miradas de los genios hispano-americanos hacia un oscuro rincón andino, su *querido Azuay*, poco antes casi desconocido en el gran mundo del Arte y luego, por su grandioso numen, transformado en peregrino y glorioso templo apolíneo. Mas no del Azuay únicamente, Cordero fue el *poeta del Ecuador*. En su laud vibró la cuerda del patriotismo con acordes inmortales. ¡Con qué indignación apostrofa al Bardo argentino —cantor de Atlántida— obligándole a confesar que es *honra y no baldón de América la Patria de tiranos, como García Moreno y de vates sublimes, como Olmedo!* Menospreciado fue el Ecuador; mas, Cordero, *cual cóndor de la andina cordillera*, extendió sobre su frente el ala enorme, como pabellón de gloria. Que ese hombre tuvo en su íntima complexión una recia trama de nervios de cóndor, la nariz dantesca y la mirada aquilina diciéndolo están a gritos.

Maestro de la rima clásica, como versificador correcto y puro, bien puede ser un rival de Garcilaso de la Vega y de los Argensolas. Como vate elegíaco, no tiene par en el Parnaso hispano-americano. Su grandioso *Adios* es algo así como un prodigioso y extraño mausoleo, formado con bloques eternamente palpitantes de cerebro y corazón. Creo que será imposible registrar en toda la Lirica de habla castellana una estrofa que, co-

mo la siguiente, transcriba mejor la ansiedad de un corazón herido y desesperado por la súbita muerte del sér más querido:

¡ Desdichado de mí ! Cómo pudiera
dejar al punto tu siniestra casa,
y, cual herido ciervo a quien traspasa
de aleve cazador bala certera,
aturdido cruzar monte y llanura
y correr y correr sin rumbo cierto,
hasta caerme muerto,
allá, en el fondo de una selva oscura !

Cordero fue, además, un admirable satírico: algunos de sus epigramas sólo admiten parangón con los mejores de Quevedo; siendo de advertir que, Cordero, jamás echó mano de esos cáusticos ingredientes que suministró la *indecencia* al renombrado satírico español —acre y ruin ponzoña, con que acostumbrara enherbolar sus dardos. Cordero fue siempre correcto y puro: aun en esos epigramas que, según parece, compuso con el fin de desahogar su pecho de la amargura con que lo llenaban sus gratuitos enemigos —los envidiosos,— guardó medida. Veámoslo:

Si un can me muerde con furia
lo siento, mas no me inmuto;
porque él, como todo bruto,
lastima, pero no injuria.

Y fuera tamaño yerro
que, dando a mí enojo rienda,
trabáse ruda contienda
con el infeliz del perro.

Lo único que puede reprochársele al inmortal poeta Cordero —en atención a la grandeza de su numen únicamente,— es la publicación de algunas composiciones que desdican del mérito del mayor número de sus poesías: su inspiración no tuvo siempre igualdad de pujanza; languidecía alguna vez: fenómeno muy explicable si se considera el enorme gasto de energías que requirió su prolongada, intensa y variadísima labor intelectual, social y política. Cordero trabajó con igual brío que en la poesía en muchos ramos de las ciencias públicas y naturales, en el periodismo y en la crítica. De su notable acervo de obras científicas, haré constar las siguientes: *Tratados de Agronomía, Estudios Botánicos, Gramática Quichua, Arte Poética* —traducción de la obra de Ayllón, — opúsculos y libros que, como todo lo que escribió Cordero, merecen la estimación y el aplauso de los sabios.

Como estadista teórico es muy digno de encomio por la honradez y limpieza de sus convicciones. Patriota de acción, tomó casi siempre la vanguardia de los sucesos de trascendencia en nuestra tumultuosa democracia; mas, siempre en sus manos flameó la bandera del derecho y la justicia. Como Presidente de la República sucumbió, víctima de la malignidad de las muchedumbres y aún del engaño de alguno de sus *acólitos*. Optimista por complexión, no pudo, no quiso ver el fondo tenebroso del abismo que le devoró. Era menester llenar ese abismo con sangre hermana o sucumbir; pues bien, ese numen del amor, prefirió sucumbir. Su propio corazón le arruinó; perdióle la nobleza de su espíritu. En su frente immacula-

da, condensó, más tarde, el dios de la gloria su divina luz, en forma de sempiterna corona de laurel.



SOBRE las alas de cóndor y de ruiseñor que desplegara Cordero, remontáronse a la cumbre muchos ingenios del Azuay.

El primero fue Julio María Matovelle. En *La Luciérnaga*, órgano del *Liceo de la Juventud*, hizo Matovelle la publicación de sus inspiradas y sonoras poesías y de algunas de sus renombradas composiciones en prosa. Su talento singular granjeóle pronto la consideración de sus compañeros, quienes honraronle constantemente con la Presidencia del *Liceo* —centro literario que organizó y dirigió hasta sus postrimerías el inmortal Luis Cordero, y que fue algo así como una espléndida nidada de cóndores y ruiseñores.

Es una gran pérdida del Parnaso americano ese precoz mutismo que voluntariamente se impuso la soberana musa de Matovelle. Su espíritu — ávido de infinita luz— refugióse en el Claustro, bajo el ala de Dios, y, absorto ante ese inefable piélago de luz de la contemplación mística, enmudeció. Ya en sus primeros trinos dejó traslucir su desencanto del mundo, cuando dijo:

.....¿ Qué es la vida ?

Negra cárcel que al morir
logra el prisionero abrir;
de tal suerte
que una ganancia es morir.

Como prosador, Matovelle, se distingue por la amplitud y rotundidad de la cláusula, siempre rebotante de majestuosa elocuencia y de profunda sabiduría: escribe como Bossuet. Sabio y santo, es honra y prez del sacerdocio cuencano.

El nombre de Matovelle sirve, además, de blasón del Parlamento de la República. Denodado campeón del Derecho, de la Religión y la Justicia, con su armoniosa palabra —túrgido manantial de ciencia,— con su dialéctica irreplicable y con todo el ardor de la indignación de su alma inmensa consumía, devoraba cuanto se le oponía y, desbordando luego del sagrado Recinto de las leyes, aterraba a la turba aviesa, como onda rugiente y brava del fuego de un volcán. Después, al caer de la tarde, erguía, como triunfante león, en medio de la consternada muchedumbre de sus adversarios: desgredada aún la melena —lábaro bendito de la Patria y de la Fe,— y palpitante aún la garra —vencedora espada de la Razón y la Justicia.

Juntamente con Matovelle, surgió el eximio Honorato Vázquez. *Ministro del Arte ecuatoriano*, llómole Blanco Belmonte. Caballero y cruzado del Ensueño, con espuelas como heráldicos escudos de nobleza imperial y tizona como lira de Meléndez y Cadalso, nómbrale la Fama. Ese inspirado vate que, como nadie en el Ecuador, calcó sus versos sobre un delicioso y paradójico fondo de sentimentalismo filosófico, enriqueció a la Musa americana con acentos dignos de Meléndez Valdés. Parece que se escuchan los acordes del lí-

rico ibero, cuando el vate andino canta así:

Niña, a la luz de ocaso amarillenta,
el alma a solas con dolor medita;
cuando quieras amar, piensa de tarde,
viendo morir al sol tras las colinas...

Piensa de tarde, cuando triste suena
el canto postrimero de las brisas;
piensa de tarde, cuando van y vienen
piando las inquietas golondrinas.

Mira la flor en tu jardín amado
sobre el follaje pálido rendida;
oye el gemir del vespertino viento,
mira caer las hojas desprendidas.

Y en tanto escucha dentro de tu pecho,
cómo doliente el corazón palpita,
mientras vacilan en tus negros ojos
lágrimas, como ardientes, indecisas.

Alza tu vista al torreón adusto,
donde se ostenta, tétrica y sombría,
la cruz del campanario, do sollozan
las campanas, con quejas repetidas.

Alza la vista al cielo, ve sus nubes,
mira su inmensa soledad tranquila,
piensa en lo que hay tras él, piénsalo, y llora...
llora, y entonces ama, ¡vida mía!

Gran lírico y al propio tiempo el más clásico
de los escritores azuayos; eminente jurisconsulto y
abnegado y sagaz diplomático; notable orador tri-
bunicio, magistrado digno, patricio intachable....
Vásquez, es uno de los hombres más grandes de

la República y uno de los que mejor han hecho conocer en naciones extranjeras el alto grado de cultura intelectual y social, que caracteriza y distingue al pueblo ecuatoriano. En Caracas y en Madrid el nombre de Vásquez despierta, en el corazón de grandes personalidades, verdadera simpatía, que él supo conquistar con sus nobles prendas de caballero y de sabio, a favor de esta Nación.

Miguel Moreno —ángel en forma humana— aprendió así mismo, en el Liceo, a trabajar sus divinos panales con la miel de su corazón. Moreno, desde su adolescencia, fue un verdadero prodigio de sentimiento y fue, como siempre, el intérprete fiel, la propia lengua, dirélo así, de esas íntimas ternuras y suavísimas nostalgias del sentimental y melancólico pueblo azuayo. *Trueba ecuatoriano*, acostumbran llamarle los eruditos; mas, el sincero y amante pueblo, que canta y gime con las delicadas trovas de ese vate, al vibrante son de la guitarra, sus dichas y sus penas, sabe que, Moreno, es el único poeta verdaderamente *suyo* y lo pone sobre su corazón. ¿Qué adolescente de mi tierra no habrá declamado a gritos, como en ebridad de entusiasmo, en la margen de mi río, ese tiernísimo romance, *La Garza del Alizar*? Qué virgen del Tomebamba no habrá entonado, trémula de emoción, como si fuera el trino de sus propios sentires, los *Cantares de Elina*? ¡Cuántas veces, niño aún, conmovíome en lo íntimo del alma ese *Pobre Escolar*, que oí cantando, con voz henchida de lágrimas, a niños aldeanos, mis compañeros de escuela! Y aún hoy, en mi largo ostracismo ¡cómo despedaza mi corazón ese gemido

armonioso del Poeta de mi pueblo! Helo aquí:

Tenue vapor vespertino,
grupos de niebla fugaz,
que vais lamiendo, lamiendo,
las faldas del Turi, allá;
no lleguéis hasta su cima,
porque me vais a ocultar
esa llama que contemplo
desde la triste ciudad.
¡Ay!, esa lumbre querida
es la lumbre de mi hogar,
encendida por mi madre,
quien comprende que hasta allá
llegan los ávidos ojos
de su adorado Pascual.
Están allí mis montañas,
mi casita, mi heredad,
mis hermanos, mis palomas,
mi campo, mi carrizal;
y aquí sollozo y me angustio,
desventurado escolar,
en extraña mesa, triste,
comiendo de ajeno pan;
entre libros y maestros,
muriendo en la soledad;
aquí un penetrante frío,
mi hogar encendido allá!...
¡Cuánto, cuánto me consuela
esa lumbre en mi ansiedad!
si hasta parece, ¡Dios mío!,
que escucho el chisporrotear
de las retamas que crujen
y revientan, cual si acá

quisieran calor enviarle
 al pequeñuelo Pascual.
 ¡Cómo alumbra! Si parece
 que miro en mi soledad
 congregados a los míos
 en derredor del hogar!
 ¡Calentaos, calentaos,
 hermanos míos, allá!...
 ¡Cuánto frío, qué tristeza,
 cuán lóbrega obscuridad,
 en la estancia y en el alma
 del pobrecito escolar!
 ¡Oh, blanca niebla! Esa lumbre
 no me escondas, por piedad,
 porque me muero de frío,
 sin luz, sin amor, sin pan!...
 ¡Señor Cura, señor Cura,
 poned una escuela allá,
 y no se arranque a los hijos
 del regazo maternal!

Moreno fue, además, un brazo ejecutor del tradicional y honrado misticismo azuayo, que ha pugnado siempre con la dificultad de los medios por traducirse en obras y monumentos públicos, destinados al culto religioso, como perennes testimonios de su fe. La gratitud y admiración de los suyos, trata de erigir, ahora, un monumento a su memoria, como número —el más simpático, sin duda— del programa con que celebra el Azuay su independencia. Esa obra de rigurosa justicia enaltece tanto al poeta glorificado como a la noble sociedad que le glorifica. ¡Ah! muy en breve las abejas de la campiña azuaya —ávidas de miel ina-

gotable— formarán en su pedestal riquísimos panales, y la estatua del Genio, entre esa nube zumbadora, destacaráse perennemente blanca; porque la estatua de Moreno debe de ser de alabastro, si es que ha de simbolizar la inmaculada pureza de una vida!

El Padre Aguirre —franciscano— el más elocuente de los oradores sagrados del Ecuador, si exceptuamos al Padre Salcedo —famoso agustino y glorioso numen de Latacunga,— formó también su impecable criterio estético, en esa misma escuela del Arte: el Liceo de la Juventud.

Del propio nido literario, surgieron, batiendo el ala de cóndores gigantes, los dos Arízagas: Rafael María y Manuel Nicolás. Lo mucho que significa el glorioso nombre de Rafael María Arízaga ¿quién lo desconoce en el Ecuador? Él es uno de los más bien ejecutoriados dirigentes del gran Partido Católico. Como jurisconsulto acaso no tiene rival en la República. Es literato de gran talla y orador parlamentario a lo Cicerón.

Esclarecido compañero de los Arízagas, fue don Alberto Muñoz Vernaza. Abogado de renombre, triunfador diplomático, erudito escritor y heroico militar, Muñoz Vernaza, es uno de los más eximios próceres ecuatorianos.

Al abrigo de ese hogar de la inteligencia, inicióse Nicanor Aguilar en el secreto de su arte primorosa. Turpial del valle andino, cuyo seno hirió la nostalgia de la beatitud infinita, cuando trina, desgránanse sus acordes, como gotas de sangre

purísima que, al caer del cielo, reventaran gimiendo en pétalos de rosas: sus versos tienen rumores de *la música de la sangre* y perfumes y castísimas languideces de capullo. Sacerdote amable y simpático, si los hay, en la cátedra de Fenelón, trina también como turpial del Cielo: sus palabras henchidas de mística poesía van cayendo, una a una, en el corazón de los creyentes, como gotas de esa esencia de nardo, con que ungió Magdalena los pies del Redentor. y embalsaman todas las heridas o quedan temblando en ellas, como perlas blanquísimas en urnas de coral. No el Angel Exterminador, Aguilar, como sacerdote es el Ministro de la Misericordia y nada más. Su pan es el pan del pobre; su casa, la casa del huérfano; su palabra, el perdón del Cielo; su espíritu, un panal de miel dulcísima; su corazón, la rumorosa fuente de *aguas vivas* que riega y fecunda los surcos nuevos de la heredad azuaya —paraíso de las Musas.

Mentor de la juventud cuencana, Nicanor Aguilar, desciende al corazón del tierno adolescente y, allí, donde encuentra la inspiración que, como siempre, es una lágrima indecisa, refracta un rayo de su luz: el iris de esa luz de Aguilar, que colora la inspiración del adolescente es la policroma paleta que dará los tintes divinos del artista de mañana. Paraninfo de las glorias de Mayo, él es quién forma, año por año, esos airones y collares con que engalana Cuenca a la Virgen; juntando y atando, con el hilo de oro de su ternura, las níveas plumas y los áureos capullos, las ricas perlas y las gemas brillantísimas que arranca del corazón y el espíritu de sus inteligentes discípulos. La cultura mo-

derna de Cuenca debe a Nicanor Aguilar el mayor número de las páginas de oro de su historia.

Además, como periodista, ese sabio sacerdote, es digno de todo encomio. En *La Alianza Obrera*, con la serenidad del filósofo y la certidumbre del crítico consumado, va consignando y juzgando las múltiples ocurrencias de nuestra turbulenta democracia; de manera tal, que ese periódico será, mañana, una de las mejores y más puras fuentes de verdad que consulte el historiador.

Muy amigo de Aguilar es otro digno sacerdote cuencano, don Juan María Cuesta —fulgurante numen de la fantasía, peregrino ingenio, atormentado por una singular fiebre de imaginación.

Rarísimo orador sagrado, puede decirse que, Cuesta, jamás desarrolla el frío dogma ni enseña la severa y práctica doctrina, sino que subyuga y enamora y, en veces, aturde al auditorio, con una copiosa lluvia de imágenes brillantes y de perfumadas y níveas flores —rosas de Jericó y nardos y lirios de Salén;— y hiere también en el corazón, con fantásticos dardos de algo así como una mística aljaba.....

Distínguese aún como escritor profano. Muy inclinado a ese género literario que pudiéramos llamar pictórico, traza bellísimos cuadros: sólo que, con frecuencia, echa a perder una gran parte de su mérito, recargando esos colores chillones que le suministra su ya censurado ARSENAL de paradojas.

Armado de todas armas, como apercebido ya para esa gran contienda social, en que consumió toda su vida, abandonó el Liceo don Manuel J.

Calle. Periodista enorme —uno de los más célebres de la América Latina, —indómito polemista, crítico agudísimo, historiador correcto, fue incansable en sus labores; haciendo la prosperidad y la ruina literaria y aún política de muchos. Su personalidad, demasiado compleja, será más tarde bien conocida, cuando acallados ya los odios que él suscitó, en la mayoría de los ecuatorianos, con sus diatribas, muy recargadas de veneno, se deje escuchar la voz de la justicia.

Gran talento y gran acopio de ilustración posee el doctor José Peralta; personaje poderoso de nuestra democracia. Su enorme capacidad política le hizo uno de los principales ejes, sobre los cuales giró la triunfante rueda del *afortunado alfarismo*. Escritor nimio y polemista invencible, su agudeza de ingenio es única: sólo que deslustra el esplendor de sus polémicas, ese repugnante cieno de que acostumbra echar mano, con el avieso fin de enlodar a su adversario.

Buen literato, audaz político y astuto diplomático es don Gonzalo Segundo Córdova —otro de los más pujantes cóndores del Liceo de la Juventud.

La flor magnífica de generación tan excelsa, la soberbia flor de la inteligencia azuaya —flor que abre su corola, como ánfora que exhala delicioso perfume, en la encumbrada copa del árbol divino que plantó Luis Cordero— es la soberana musa de Remigio Crespo Toral.

El único símil con que pudiéramos represen-

tarnos el grandioso numen de Stein es el águila. Ciérnese en las cumbres, palpitante el ala sobre la boca del abismo y, devorando el infinito paisaje de la volcánica sierra y de la profunda y opulenta pampa andina, con esa su mirada que, al propio tiempo, escudriña los tesoros de hermosura que encierran las reconditeces del firmamento, refracta toda belleza en el soberbio prisma de su espíritu y la encierra luego en primorosas rimas. Heraldo de las cúspides, allí donde el cráter inflamado escupe al cielo todo el fuego de la tierra o allí donde parece que dormita el mayor coloso andino, arrebujado en su manto de nieve sempiterna, hincha el plumaje espeso, como en férvido espasmo de sublimidad, sacude la olímpica cabeza, con su airón de oro —la guirnalda de laurel que, para su gloria, germinó en el corazón de su Patria,— y lanza un grito: es la voz del genio que lleva en sus armoniosas inflexiones el canto de victoria del pueblo redimido o la fúnebre salmodia de la raza que sucumbe, el rumor solemne de la extensión inmensa o el tierno arrullo de la torcaz, en los sauces de la heredad querida, la ardiente plegaria del corazón, rehusante de amor y fe o el trágico gemido del alma, herida por el siniestro rayo del desengaño. Después, como en vértigo de amor, descien-
de al nativo valle, a la escondida granja, a la rústica alquería y mira absorto como

la luna nueva,
lentamente se eleva,
—antorcha de la aldea y las cabañas—
y tenue resplandor, cual gasa leve,
se extiende en el paisaje y, como nieve,
amortaja la vega y las montañas.

Crespo Toral es el más grande y encumbrado de cuantos han sido poetas en el Ecuador y es uno de los poquísimos que en el mundo del Arte han merecido el glorioso nombre de *Bardos americanos*. Impecable en el fondo lo es también en la forma, y así resulta cada uno de sus poemas un perfecto dechado de belleza. La forma y el fondo se compenetran e identifican, observa Víctor Hugo.

Para quienes, como yo, admiramos el talento de Crespo Toral, sirve de mucho placer el estudio de la evolución ascendente de su numen. Algún tiempo, cortísimo en verdad, vagó por la estepa del ensayo, en busca del frondoso oasis donde fabricó después su grandioso nido. Fueron los primeros arranques del águila que, antes de coronar la cima, descansa en riscos menos encumbrados de la cordillera. Ese poema, *Los Ultimos Pensamientos de Bolívar*, con que Stein se conquistó el primero de sus lauros, aunque en verdad lleva ya el brillante sello de su genio, constituye una prueba de lo dicho. Empresa digna de Crespo Toral fue ese atrevido ensayo del numen poético; sin embargo, la ejecución no correspondió a la magnitud del empeño. Algún tiempo después, volvió a triunfar, en otro concurso nacional, con el grandioso canto *América y España*: poema admirablemente bien concebido y ejecutado, y es que el águila de Stein había posádose ya en su excelsa cumbre. Parece que se escuchan los acordes de Quintana y de Núñez de Arce, cuando el Poeta preludia así su canto:

América gentil, la que al futuro
lleva el paso triunfal, y llevó un día,

España, de tu imperio el yugo duro
 y el cetro de tu gloria, hoy se adelanta
 al castellano hogar, como solía;
 y, aunque ayer destrozó con lucha ruda
 tu espada secular, te ama y te canta,
 como en la hermosa edad de tu osadía.
 Y pues la tierra americana escuda
 de ibérico valor la gallardía
 y es castellana aquí toda grandeza,
 tu América, ¡oh España, te saluda!

Con qué arranque de majestuoso lirismo enseña al mundo la grandeza de sus ideales, cuando exclama:

Amé el regio valor, canté la gloria,
 y, buscando magnánimas grandezas
 en los escombros de la humana historia,
 un ídolo encontré, desconocido
 dios, que llenó con ínclitas empresas
 la vieja edad, do no entrará el olvido.
 Aunque hundida en las brumas del misterio
 con que cubre a sus dioses el pasado,
 no tu radiante faz la sombra empaña;
 tu imperio es de los siglos el imperio,
 ¡ídolo de mi culto, grande España!

.....

¡ Y soñar, cuando amasa en polvo vano
 sus dioses y su altar menguada gente !
 ¡ Y soñar, cuando duerme con la noche
 la codiciada luz amaneciente !
 Quiero el reñir airoso de la espada,
 del ingenio y las armas la realeza,

la fe, que salva en la tormenta airada,
de las lides el lustre y la grandeza,
la voz robusta, el ánimo altanero;
¡ España, el siglo de tus glorias quiero !

Leyendas de Arte y Otros Poemas forman un tomo de poesías hermosas y buenas: todas ellas son primorosas *flores de Antología*.

Mas, en donde, Crespo Toral, encarnó, dirélo así, todo su genio, granjeándose como prez de su obra la inmortalidad, fue en esa sublime ánfora que encierra la esencia de la campestre hermosura andina, el *Mi Poema*. Cada uno de los cantos de esa magnífica obra es un cuadro acabado de maravillosa descripción. Distribuídos los colores con la discreción propia de un gran colorista; encerrados los perfumes del valle nativo en primorosas urnas de finísimo cristal; concertados los rumores todos de la sierra y el valle andinos, con esa habilidad consumada de los genios de la Armonía, miró su obra y le infundió su espíritu: el alma de Stein y la historia de su corazón constituyen el discutido foco de unidad de ese poema. Como el gran Miguel Angel a su Moisés, el Bardo azuayo intimó al hijo de su genio que hablara y ese predilecto hijo de su genio habló. Los ecos de su voz ya tienen hermosas resonancias en cantos como *Lucía, Malvarosa, Vida Futura y Nati*. Parece que Stein hablara de su propia luz creadora, cuando describe así la aurora de Mayo:

La errante luz en el jardín se posa,
colorea el clavel, pinta la rosa
y derrama triunfante en su carrera

la risueña cascada de colores.
 ¡ Estación de las flores,
 juventud de las almas: ¡ Primavera!

Con ese gran poema y con la *Leyenda de Hernán*, Crespo Toral, erigióse como creador de la literatura nacional. El don característico del genio es el don de crear.

Además, Stein, posee otros dones que bastarían para hacer la celebridad de otro personaje. Es orador tribunicio de mucha cuenta, patriota abnegado y, como estadista, honrado y limpio en sus convicciones y dotado de esa singular aptitud de la clarividencia del futuro: sus vaticinios se cumplen con frecuencia.

Prosador *único* por la especial manera de su dición, no escribe: pinta. Cada frase suya es una primorosa imagen o una sentencia consumada. Esta envidiable condición de su lenguaje escrito es propia también de su lenguaje oral, y algo así como una riqueza que derrocha hasta en conversación de familia. Célebres son en Cuenca las frases con que describe una situación social o retrata la fisonomía moral o física de algún personaje. La sociedad de Cuenca, guarda en su memoria esas frases, como joyas de gran precio, y admira y ama a Stein, como a simbolo de la grandeza de ese pueblo. (*)

(*) Menester es mencionar aquí los conocidos nombres de dos beneméritos forasteros, considerados en Cuenca entre el número de los propulsores más eficientes de la gloriosa generación que acabamos de revisar, a saber: don Rafael Villagómez Borja y el Ilmo. Sr. Toral —noble Mecenas de la juventud azuaya — N. del A.



CLAUSURADO el Liceo de la Juventud por diversas causas —entre otras la elevación de su egregio Director a la Presidencia de la República,— quedáronse las nuevas generaciones poéticas del Azuay sin hogar; sin ese amable asilo de las musas, en donde se ennoblecen los corazones y se colora la fantasía y se aprende a gorjear, en noble emulación de compañeros, siempre dóciles a la enseñanza del abnegado maestro. Cada centro literario es como un nido de polluelos, que se adiestran al canto, para luego inundar el valle y la montaña con armoniosos trinos.

No obstante esa deplorable clausura del Liceo, la fecundidad de la madre dió a luz otros ingenios que, con sólo el esfuerzo aislado de su voluntad y el irresistible poder de la vocación, perfeccionáronse en diversos ramos de la gaya ciencia.

Don Remigio Romero León es el más conocido de los ruiñeños de esa generación. Maestro consumado del bello decir y perfecto artista del hermoso trovar, ha merecido, con sus obras inspiradas, grandes elogios de sus compatriotas y envidiables laudatorias de la prensa extranjera. Vencedor en varios torneos literarios, conserva esos trofeos de su gloria como brillantes testigos de su genio.

Humilde y sabio sacerdote, don Manuel Jesús Arriaga, estudia con verdadera pasión las ciencias naturales, y escudriña, con buen criterio, los profundos secretos de la Arqueología incásica.

Escribe primorosamente sobre esas difíciles ciencias y es uno de los más grandes políglotas, conocidos en el Ecuador.

El Padre Jerves, O. P. habla, en pleno siglo XX, el férreo lenguaje de Aristóteles; prepara una obra con el fin de refutar una parte de la Historia del Ilmo. Señor González Suárez, y es muy capaz, en sus horas de grande filosofismo, de habérselas, en las profundidades metafísicas, con la propia *Aguila de Aquino*.

Don Octavio Díaz es uno de los escritores correctísimos del Azuay. En sus comienzos pecó su estilo de relumbrón, fue algo así como un tejido espeso de tremendo *adjetivismo*; depurado hoy de ese vicio, es puro y ameno, como el que más, y henchido de *robusta enjundia*, como diría Montalvo.

Gran abogado y distinguido profesor de Ciencias Públicas: su habilidad política es bien conocida en toda la República.

Nombre mágico para una gran porción de la juventud azuaya es el nombre de Octavio Cordero Palacios. Sabio en la genuina acepción de la palabra, con arte exquisito acostumbra adueñarse del cerebro, que él ilustra, y del corazón, que él ennoblece, de todos sus discípulos. Ensayóse en la rima con éxito brillante: fue uno de los primeros que cultivó el drama en Cuenca. Más tarde abandonó la lira para consagrarse a las ciencias y al magisterio. Es gran filósofo, ilustrado físico, matemático consumado —sus discípulos son esos jó-

venes ingenieros que hoy trazan líneas y trabajan terraplenes de ferrocarriles andinos. Concienzudo sabedor de la Historia, notable poliglota, eximio escritor, abogado integérrimo, publicista aplaudido, gran patriota, caballero a toda prueba... Octavio Cordero Palacios es personaje muy capaz de sacar adelante la cultura de la Nación, en el gran torneo del enciclopedismo de la época.



CON la aurora del siglo reorganizóse el Liceo de la Juventud, a la vez que inició sus sesiones el Círculo Católico de Ciencias y Artes. En larga y brillantísima competencia, esos centros literarios, dieron en Cuenca uno de los más grandiosos espectáculos de cultura, de inteligencia y de habilidad artística, que se hayan admirado jamás en la República.

Dirigido, como siempre, por Luis Cordero, y presidido entonces por el prestigioso ciudadano, inspirado poeta y magnífico escritor, don Miguel Cordero Dávila, el Liceo, dió otra vez nobilísimos frutos, muy dignos de su tradición gloriosa.

Regístrase entre los más representativos de esa nueva generación, el nombre de Luis Cordero Dávila. Bardo de estro sonoro y majestuoso, aunque él lo protesta, bien pudiera *tocar la broncea trompa de Olmedo*. Magistrales son sus obras, así en prosa como en verso. Vencedor en algunos concursos literarios, habidos en el Ecuador, perfecciona aún su genio, comprimiéndolo, dirélo así, para extraerle el jugo, en el arduo conflicto de la tribuna: como orador no tiene rival entre la ju-

ventud azuaya. Arrebata el aplauso y conquista la admiración del auditorio, con su gallarda y simpática presencia, su resonante y armoniosa voz, su imaginación brillantísima, sus conceptos profundamente sabios y oportunos y el lenguaje gráfico, con que hace ver, a quienes le escuchan, las maravillas que describe. (*)

El de mejor preparación literaria, entre los hijos de Luis Cordero, según lo afirmó la prensa de Chile; el POETA ENORME, que dijo Manuel J. Calle, es Gonzalo Cordero Dávila.

Meritísimo innovador de la vieja manera lírica del Azuay y, sin embargo, un ferviente continuador del regionalismo o nacionalismo poético de Stein, ese joven bardo es acreedor, por el mérito de sus obras, a todo género de aplausos. En el férreo troquel de la inspiración —el soneto— comprime y condensa sus magnas concepciones y la onda hinchada y rumorosa del sentimiento. Es perfecto en la forma, profundo en el concepto, discreto en la imagen y cabal en la descripción. He aquí algunos sonetos, tomados de su poema *Nati* —página de oro de su libro inédito "Tragedias Ignoradas", premiada con la flor natural, en el primer certamen de la "Fiesta de la Lira": concurso anual de poesía, organizado por los meritísimos redactores de "Páginas Literarias":

(*) Es muy escaso el acopio de las obras de Luis Cordero Dávila ¿por qué? Porque ese grandioso ingenio no quiere trabajar. La desidia es la mayor de las anquilosis del numen. N. del A.

Nati, la hija del áspero baldío,
crecida en la vivienda más oscura,
aunque se halla en los quince tiene frío;
¡porque es flor de miseria su hermosura!...

Su padre es un gañán rudo y sombrío,
de faz senil y recia contextura;
y de su madre en el lugar vacío
sólo la Cruz del camposanto dura...

Nació, como las zarzas... ¡para el suelo!
¡para el dolor de una existencia huraña,
que nutre sólo la bondad del cielo...!

¡Creció, como las zarzas, sin destino!
Y, hoy que su pobre corazón la engaña,
¡sueña con la ilusión de algún camino...!

También al desamparo de su choza
llegó, como en crueldad, la primavera,
que revienta el botón de cualquier rosa
y da nidos al yermo y la pradera.

Corrió el torrente de su sangre moza,
ya no en la dulce lentitud primera,
sino en la onda caliente y tumultuosa
que el ritmo de las horas acelera.

Está para sus años encendida
esa luz de ventura y de tristeza
que sabe un tiempo iluminar la vida...

Y anda pensando en el amor ajeno;
mientras copian los riegos su belleza
y la miseria le desnuda el seno...!

Con las crines de espuma destrenzadas,
bate el monstruo bermejo las riberas.
Se encabrita sonoro en las cañadas;
galopa, desbocado, en las praderas.

Devuelve hacia las playas desoladas
el agua de remotas torrenteras;
descuaja en tumbos piedras ignoradas;
arrebata peñascos y laderas.

Esta vez, un tormento que fue vida,
con las angustias del postrer anhelo,
se lleva en las entrañas escondida...

Y canta el infortunio de una suerte,
entre el éxtasis trágico del cielo
y la indolencia de la pampa inerte...!

Eran las seis cuando pasó la muerta
por sus tierras, que el río ve distantes.
En la extensión del peñgual desierta,
¡talvez daría el sol esos instantes...!

A la paz vespertina de su huerta
llegarían las tórtolas errantes...
En el silencio de la choza abierta,
su perro dormiría el sueño de antes...

Iba la virgen pálida y desnuda,
entre el agua siniestra del torrente,
¡sin un lamento de la tarde muda...!

Le miraron los sauces del ribazo
y le besó la desgraciada frente
sólo el frío sangriento del ocaso...!

Eximio poeta de la escuela bequeriana, cuyos versos son como brillantísimas joyas de exquisita talladura, es don José Rafael Burbano Vázquez.

Bella y fecunda es la musa de Agustín Cuesta Vintimilla; por desgracia, carece de elevación. De ninguna manera puede decirse que, Cuesta, sea uno de los que Stein llama *trovadores baratos*; sin embargo, es el cultivador en Cuenca de ese género de poesía, que apenas se eleva una línea sobre el faz de la tierra —hermosa pero diminuta floración de violetas.

Más sonoro aun que la lira de su padre inmortal, fue el laud de oro que rompió, en el borde del sarcófago paterno, don Miguel A. Moreno S. Los vates azuayos —ávidos del mayor lustre de la gaya ciencia— esperamos que, Moreno, más robusto aún con la savia del tormento, vuelva a tañer ese magnífico legado de los dioses; advirtiéndolo que, como dijo Lamartine:

.... de las liras rotas
que el pie del tañedor ha destrozado,
brotan después más armoniosas notas
y un gemido más tierno y desolado.

Otros ingenios, brillantes y dignos, como los ya mencionados, florecieron también en el fecundo seno del Liceo de la Juventud. Juan Iñíguez Vintimilla, Francisco Martínez Astudillo, Alfonso Malo Rodríguez, Alfonso Andrade Chiriboga y Ernesto López fueron los más inspirados y aplaudidos.



CARIÑOSO y modesto nido de amables musas, el *Círculo Católico de Ciencias y Artes*, recibió calor y vida del corazón y el alma de Nicanor Aguilar; mientras formábanse a su abrigo esos poetas de pincel, como Sarmiento y el caricaturista Serrano; esos genios de la armonía, como Avila; esos heroicos paladines del periodismo, como Luis F. Lazo y ese gran bardo —príncipe de la juventud azuaya— Remigio Tamariz Crespo.

Evoco un nombre que es demasiado bien conocido, porque resuena con gloria, no sólo en América, sino también en la vieja España: el nombre del romántico novio de LUCÍA, del RUISEÑOR AZUL del Ensueño. Su labor intelectual es admirable, si por lo vasta, si por lo buena. Frisa apenas con los treinta y cinco años de edad y es ya uno de los más renombrados y fornidos campeones de la prensa de combate: fundador y redactor de periódicos como "La República", "La Patria Ecuatoriana", "La Voz del Sur" y perenne colaborador de "El Progreso". Abogado de profunda ciencia y de grande probidad, es miembro de algunos centros nacionales de estudios de Jurisprudencia. Correcto y digno caballero, es siempre el primero en los torneos de cultura y galantería de la sociedad cuencana.

Una de las grandes virtudes que más caracterizan la noble personalidad de Remigio Tamariz Crespo es su ardiente, puro y abnegado patriotismo. El verdadero patriotismo es la soberana pasión de espíritus sublimes únicamente. El ideal supremo de Tamariz, desde su primera edad, es el

engrandecimiento de la Patria. Sus primeros cantos —gorjeos de ave implume aún— fueron inspirados por los héroes y los mártires de nuestra independencia y de nuestras discordias civiles; más tarde, llorando la muerte del General, don Antonio Vega Muñoz, con versos dignos de Tirteo, fustigó al criminal triunfante y reavivó la llama del heroísmo santo —el sacrificio por el bien de la Patria— en el corazón magnánimo de la juventud azuaya. Poco después, con estro del Divino Herrera, anunciaba a la Nación que la tragedia de Quito —la muerte de los Alfaros— efecto fue de la ira de Dios, que consume el poderío humano, *como a arista seca el fuego* . . .

Portaestandarte de la juventud azuaya, en cuanto significa empresa noble, Tamariz Crespo, jamás ha vacilado en sacrificarse por el triunfo y el decoro de los suyos y de su propio nombre. Firme, como el roble, nunca ha doblegado la frente ante el ídolo del poder y ha rechazado con indignación cuanta promeza se le ha hecho, provocándole a traicionar su credo político. Come el fruto de su trabajo y bebe el agua de la cisterna que abrió con su propia mano. Tamariz Crespo es dueño de sí mismo: quien es dueño de sí mismo lo es también de universo . . .

Romántico como Chateaubriand, mató a su primera novia, a la ideal LUCÍA, hiriéndola con el dardo de insólito ensueño: la pasión del imposible; ese amor que nunca marchita el ardor del sentido. Escuchadle:

¡Soñé mirarla por la muerte herida,

a que su amor, en sueño convertido,
viviese en perdurable primavera,
y a que en mi mente su beldad tuviera
el encanto inmortal del bien perdido...!

-¡Quiero una dicha, cual mi ensueño, bella!-
exclamé. - ¡Si el amor fuera una estrella,
una ilusión no más; si nunca fuese
propicio de las almas al delirio,
como a las quejas de la fuente el lirio;
si al llamarle, jamás nos respondiese:

sería menos cruel el mal que lloro,
y más grande el amor con que te adoro...!
Lo distante, lo que huye nos encanta...
Cautiva, la ventura que se anabela,
es triste filomela
que sueña en otro edén... ¡y que no canta!...

Bellísimas estrofas, que nos dan la clave de esa extraña psicología del poeta Remigio Tamariz Crespo. Pichón de águila, remóntase a los cielos sobre el ala herida, no como la de Byron por los zarzales de la tierra, sino por un haz de rayos invisibles de un ideal extraordinario. Es el modernísimo René, nacido dentro del continente americano.

En la descripción de paisajes -magníficos escenarios de sus románticos dramas- es también admirable. Parece que, en veces, trueca la lira y la pluma por la paleta y el pincel, Veámoslo:

Oculto en las retamas del sendero,
su honda veloz restalla el pajarero,

y, como chispas de dorada pira,
de los trigales, surge la miriada
de jilgueros, y vuela en la enramada,
que se transforma por encanto en lira.

Continuador de la escuela nacionalista de Remigio Crespo Toral, escribió además otro poema que, como *Lucía*, es un copioso búcaro de níveas flores del terruño. La parte descriptiva de ese nuevo poema es óptima; mas, en lo dramático, precisa hacer algunos reparos. Ese cuadro en que describe la caída de Malvarosa —nudo del poema— por lo excesivamente real y luminoso de los colores con que lo pinta, causa *repugnancia*. Conviene, en tratándose de hacer cuadros poéticos, bordear la ribera, manteniendo el esquife en pleno golfo y mirando la playa a través de un manto de brumas... La realidad desnuda, y más esa realidad que descubre el secreto de la vida, provoca el desencanto, casi siempre. Además la excesiva facilidad con que se deja seducir Malvarosa, sobre ser inverosímil, hace muy poco honor a la virtud de nuestras campesinas honestísimas. La conclusión del poema es, francamente, inesperada. En todo el curso de la obra, sobreponiéndose a su *idiosincracia idealista*, el bardo tiende a un marcado realismo; mas, he aquí que, de repente *idealiza* tanto, que, contra la ley natural del corazón humano y contra todo lo verosímil, transforma a un gañán rudo y vengativo en ángel sublime de caridad. Mas, los vicios de que adolece este poema yacen como apagados, por el asombroso cúmulo de bellezas, que contienen, esa indefectible versificación y esa hermosura y brillantez de sus

descripciones. Alguien lo dijo: las reglas hicieron para ingenios vulgares.... En realidad de verdad, los grandes líricos —esos que se hallan atormentados por el dios que fatigó a Olmedo— en el arrebató de la inspiración, olvidan, con frecuencia, la medida que impone el criterio, acompasado y frío. Malvarosa, apesar de todos los defectos estudiados, será siempre el mejor modelo azuayo de peregrina descripción; pudiendo, merced a esa obra, comparársele a Tamariz Crespo, como ya lo hizo su inteligente prologuista, con el renombrado cantor de La Zona Tórrida.

Bajo otro aspecto es también muy digno de estudio ese genio azuayo. Católico inflexible, subordina su numen, de manera absoluta, al credo religioso. Mirando el universo con esa lente mágica de la fe, descubre en todo la armonía de las cosas con la bondad de Dios. El sombrío y simbólico poema *Senda de Mandrágoras* nos da la clave de su sistema filosófico, como *Lucía* nos lo dió de su inspiración poética. Nunca, Tamariz Crespo, comulgará con los morbíficos ideales de esos que él llama:

....malhechores de la ciencia,
que roban a las almas lo infinito
y la luz que ilumina la conciencia...

¡Cuán envidiable es la pureza de su fe religiosa y el optimismo filosófico que engendran sus poesías! Escuchadle:

¡Buena es la vida, hermoso lo infinito,
santo el amor y leves los pesares
para aquel que consigo nunca lucha

ni sueña con los reinos estelares,
y en la conciencia, en mudo pasmo, escucha
el confuso rumor de lo infinito,
como en la concha el sofocado grito
de los sonoros mares!...

Ya los críticos nacionales y extranjeros han colocado a Tamariz Crespo en el número de los más grandes poetas ecuatorianos; y de allá, del corazón de la madre España, a través de los mares, llegó al corazón de la América latina una ardiente voz de aplauso: era la voz del egregio Ricardo León que ensalzaba al eximio cantor de *Lucía*. Triunfador en algunos concursos literarios, recibió en el último certamen de la *Fiesta de la Lira* el homenaje de algo así como una insólita apoteosis: fue condecorado con todos los premios que discerniera al mérito el jurado calificador; formado entonces por jueces como Remigio Crespo Toral, Honorato Vásquez, Rafael María Arízaga y otros dignos compañeros suyos (*).

Gran patriota, gran abogado, gran periodista, gran poeta, gran filósofo... De Remigio Tamariz Crespo dirá la Posteridad: ¡HE AQUÍ UN GENIO!



OH! hermosa tierra aznaya! Oh! madre fecundísima de héroes y de genios! La única flor ecuatoriana que abre su colora roja y brillantísi-

(*) No conozco las obras que tal triunfo le conquistaron a Tamariz Crespo; razón por la cual me abstengo de juzgarlas aquí. N. del A.

ma, en ese altar de la Gloria —la nevada cumbre del Pichincha— es un divino grumo de tu sangre: ¡es Calderón — EL HÉROE NIÑO! La mejor y más heroica de las espadas que abatieron a los pies de Sucre ese indómito León de Iberia, en el glorioso campo de Ayacucho, tuya fue. Lamar.... el invicto Lamar ¿traicionó a Colombia? Lamar... tu predilecto hijo Lamar ¿hirió tu seno, madre adorada? ¡Pues bien: en ese férreo nudo andino, el Portete, en breve expió su crimen y osadía; mordiendo el polvo que tus plantas huellan y regando, con la sangre de sus huestes alevosas, el purísimo mármol de Tarqui, que guardas incólume para la definitiva glorificación de la Raza...! ¡Si: en tu regazo, heroica Cuenca, como en ara de oro, ofició por la vez postrera, purificando el honor mancillado de la Gran Colombia, ese augusto sacerdote de la Libertad: Sucre, a quien Bolívar prestara su rayo, como dijo Olmedo, y tú, la hoguera de tu indignación, para consumir, como el gran Romano, con los carbonizados despojos de tu hijo, la vergüenza de la traición a la Patria! Oh! Cuenca, tienes corazón como escudo de Aquiles, cerebro como sol de Atenas y nervios como cuerdas de la cítara de Apolo!

¡Salve, oh! princesa azuaya! En los viejos surcos de tu heredad ¡qué hondamente arraigan esos árboles frondosos, cuajados de guirnaldas de oro, como aquellas que arrancó Eneas del sagrado encinar de Cumas!... Allí están: ellos son!... ¡Árboles sublimes, que, como diría Quintana, sólo crecen cuando lloran los tiranos!... ¡Allí están: ellos son!... ¡Árboles divinos, que guardan en

sus ramos el símbolo más hermoso de la grandeza humana: la gloria de Minerva!...

Mas, en los recientes surcos ¡cómo brotan esos mágicos renuevos! Allí están: ellos son! Manuel M. Palacios Bravo, Remigio Romero Cordero, Octavio Martínez Astudillo, Alfonso Moreno Mora, Manuel Antonio Corral Jáuregui, Antonio Borrero Vega, Ricardo Darquea Granda, José María Astudillo Ortega, Aurelio Ordóñez Zamora y muchísimos más. Stein cantó así de los inspirados adolescentes azuayos:

¡Creced y floreced, plantas hermosas:
creced y floreced! Cubrid el suelo
con las nacientes rosas,
y la rama gentil alzad al cielo! (*)

Ricardo Jáuregui Urigüen.

(*) La carencia de documentación suficiente, me ha privado de revisar aquí las obras de otros presonajes célebres, que honran también a la Literatura azuaya. No obstante, citaré los nombres de Miguel Angel Corral, Manuel Salcedo y Antonio Marchán, inspirados poetas, y próceres distinguidos de la primera generación literaria. Además, la mujer cuencana ha tenido, también, muy dignas representantes en ese amplio y brillante cielo del Arte. Acreedoras son a todo aplauso esas dulces alondras como Antonia Mosquera, Josefina Abad Jáuregui, Ramona Cordero, Isabel Muñoz de Merchán y algunas otras. N. del A.

FLORES

DE

ENSUEÑO

Bértico

- En el níveo jardín de la Belleza
mis versos yacen, como enfermas rosas;
y mueren de tristeza
en la infinita nada de las cosas.

Porque la vida empieza
bañando en llanto las funéreas losas,
¡Madre Naturaleza,
son tibias cunas las heladas fosas!.....

¡Piélago inmenso en que el amor estalla,
como el recio aquilón en la espesura,
oh! Madre!, en vano mi ansiedad batalla
en el tremendo mar de la amargura,
y en vano el arpa mi aflicción murmura:
¡el mundo nada escucha! El Cielo calla....

PRIMAVERALES





ARRULLO

Allá en la tarde, cuando el sol se apaga,
cuando inunda letal melancolía
esa región de los ensueños vaga,
así me habla el amor del alma mía:

—¿Sólo, mi dueño, con la tarde vienes?
Del sol ¡qué negras para mí las horas!...
Yo te di toda el alma a que no penes:
si eres dueño de mi alma ¿por qué lloras?

Si en este corazón tienes el nido,
¿por qué no acaba tu ardoroso empeño?....
¡Nutra mi alma esa miel de tu gemido!
¡Llora en los brazos de tu amante dueño!—

Así, la virgen que rendido adoro,
conjura la ansiedad de mi quebranto.
¡Cómo trueca esos mares de mi lloro
en mares niveos de inefable encanto!

Botón de rosa de un jardín de ensueño,
mi amor ¿te roba la inocente calma?....
¡Ya vengo a darte, cariñoso dueño,
toda esa miel del corazón de mi alma!



ASCIENDE

Oh! niña!, en este mar de la amargura
zozobra el barco del ensueño leve....
La nube se hace fango en la llanura:
¡sólo en la cumbre se transforma en nieve!

¡Asciende! Hay luz en lo infinito arcano
y el ángel nunca desde el cielo rueda....
¡Quien se arrastra en la tierra es un gusano:
grumo de polvo que en las tumbas queda!

La realidad de la existencia esquiva ...
¡Los sueños son de lo infinito escalas,
porque Dios quiso que en el cielo viva
el sér dichoso que nació con alas!

Oh! niña!, sueña y tu aflicción redime....
—¡Locura de lo ideal, santa locura,
no muere el alma que en tus brazos gine,
nutrida con la miel de la amargura! -

¡Asciende ya! La virgen y el capullo
hollados mueren en la humana orgía....
¡Ascender sobre el fango no es orgullo:
es virtud y grandeza y poesía!



RECLAMO

¡Do te amo, sí! Soñar contigo anheló
y en tus brazos hallar ventura y calma;
llamarte mía y remontarme al cielo:
¡que es ala un sueño de pasión del alma!

Porque el alma que sueña en la imposible
cumbre toca del Bien y de la Vida,
en mí, tu amor se enciende irresistible
si alguien me dice: ¡la esperanza olvida!—

¡Mujer, yo te amo! Delirante y ciego,
te busco en mi honda sed: ¡eres rocío!....
¡Cómo devora inextinguible fuego
mi pobre corazón ¡que ya no es mío!

Conjura de este amor las ansiedades:
¡que mi honda pena a tus caricias huya!
¡Ay!, en medio de locas tempestades,
mi alma evoca esa luz del alma tuya!





ÍDILIO

*
* *

Declina el sol. La tarde en el vacío
por luminosa senda se abre paso.
Calma en los valles y en las cumbres frío....
¡Sólo mi dulce amor no tiene ocaso!

¡No tiene ocaso! En la remota niebla
de los recuerdos su arrebol imprime;
de áureas visiones lo infinito puebla:
¡crueldades fieras de otro pecho gime!

Ah! gime tus crueldades! Ven conmigo:
¡Liliana, ven! ... Tu compasión reclamo!....
De esta pasión eterna es Dios testigo:
¡lo sabe toda mi heredad que te amo!

Ven y preside la apacible escena
que inebria el alma de íntimo alborozo,
aquí, donde la atmósfera es serena,
cristalino el raudal y el campo hermoso.

El retamal en flor, la espiga rubia
cubren de oro la pampa y la ribera.
¡Tras tibio sol, la refrescante lluvia!
¡Dios en los surcos, en la mies, en la era!

No pace aquí la pérfida alimaña
ni indómito corcel o cabra arisca.
¡Tañe el pastor su flauta en la cabaña
y el corderillo en la pradera trisca!

Aquí, el torrente sosegado lleva
su copioso caudal de fresca espuma
al valle fecundado por la esteva:
¡búcaro inmenso bajo tul de bruma!

Y en la choza feliz, desde la playa,
junto al hogar de granzas encendido,
el labriego sus mieses atalaya
y azuza al perro en el umbral tendido.

Como acorde de un himno funerario
que a la tierra nos viene de otro mundo,
el **ángelus** del viejo campanario
repercute en el ámbito profundo.

Y sólo ya del cóndor atrevido
mírase el vuelo en soledades hondas.
Busca en los setos el gorrión su nido:
¡ara que el Cielo consagró en las frondas!

Mi amor, en tanto, en la remota niebla
de los recuerdos su arrebol imprime;
de otras visiones lo infinito puebla:
¡crueldades fieras de tu pecho gime!—

*
* *

¡Liliana, ven! La errante golondrina
ya el nido labra en mi olvidado alero,
y un hilo de cristales, cuando trina,
desgrana en el frondal del limonero....

Mas, siempre, tú, desdeñas mis canciones
y el dulce abrigo de mi hogar desdeñas.
¡Pues el nido del alma es de ilusiones,
no tienes nido, no, porque no sueñas!....—



Aquí, en la augusta inmensidad del campo,
¡qué hermosa luces, peregrina y sola!....
¡Capullo abierto de mi amor al lampo,
en mi heredad despliega tu corola!

¡No tengas miedo! De la eterna cumbre
las caridades de mi Dios ya vienen.
¡Oro en la mies y en los hogares, lumbre;
miel, en el alma que mis flores tienen!....

Aquí, te asila mi ferviente anhelo
de lo íntimo del pecho en lo más hondo.
¡Si el corazón me dice: ¡ELLA es del cielo!—
¡Es vida y cielo!— al corazón respondo!

Aquí, en las dichas del hogar soñando,
pido a mis trigos pan; a mis abejas
su perfumada miel, y un nido blando
de copioso vellón a mis ovejas.

Mi amor, Liliana, en la remota niebla
de los recuerdos su arrebol imprime;
de otras visiones lo infinito puebla:
¡tu gloria ensalza, tus crueldades gime!





PICAFLORES

*
* *

Como en la tumba,
de sopor lleno,
yace en el blando, musgoso nido;
mientras retumba
sañudo el trueno
y el cierzo asorda con su gemido.

¡Capullo níveo de la guirnalda
que esconde el viejo, pardo moral;
grumo del iris, viva esmeralda,
trémulo aljófara, tenue cristal!—

*
* *

Mas, cuando asoma
la primavera,
de allá, del seno de lontananza,
la fuerza toma
de una certera
flecha que el aire surcando avanza.

Con rumoroso, raído aleteo,
suspenseo yace sobre una flor:
¡loco y vibrante, como el deseo,
y esquivo y tierno, como el amor!

*
* *

Mi único ensueño
—quinde divino—
que en esa noche duermes del alma,
ya está risueño
mi cruel destino:
¡ya asoma el iris nuncio de calma!

Revuela en torno de esa florida
rama' de virgen, tierno clavel....
¡Oh!, niña hermosa, que en esta vida
nutran mi ensueño flores de miel....



LLORA, NIÑA

Por qué tus ojos a llorar se niegan?
Profundos como el cielo, como el mar,
el universo en su cristal, reflejan:
¡piélagos de infinita claridad!

¡Ah!, siempre abiertos esos ojos tuyos
y abrasadores, como el rojo sol,
con su fuego calcinan otro mundo:
¡ese mundo gigante del amor!

Mas ¡ay! del fértil campo y los viñedos
que un cielo siempre azul mirando están....
En tus ojos no hay brumas ... ¡Cuánto hielo
su eterna placidez encierra ya!....



¿RIES?

Como revienta en la nevada cima
de un sol que nace la radiante luz,
así en tu faz revienta la sonrisa:
¡Cuán dichosa eres tú!

Y así como su arpegio cristalino
entre flores desgrana el ruiseñor,
tu carcajada vibras, dueño mío,
en este corazón.

Mas, ay!, yo lloro, mientras tú sonríes.
¡Qué de penas mi llanto riega ya;
porque esa risa de tus quince abríles
es viento y nada más!...





EN LA HEREDAD PATERNA

— A mi idolatrada hermana,
María Teresa. —

Náufrago de la vida, retorno a la ribera,
única linde acaso del mar de la aflicción....
¡Oh! mi heredad: asilo de santa primavera
y hogar de muchas almas y un solo corazón!....

Renacen mis ensueños, como explosión de auroras,
rasgando de esta noche la inmensa oscuridad.
¡Ya en horas de ventura, cual de otras idas horas,
la magia del Idilio conjura mi orfandad!

Derrama en las campiñas el sol su ardiente llama
y al firmamento asciende por sendas de turquí.
La tierra en flor su aroma, su púrpura derrama....
¡Se abraza con la tierra, vencido, el cielo, aquí!

Y trisca en las praderas el corderillo arisco.
— ¡Praderas de mis campos, jardines de ilusión! —
Se elevan los hogares en floreciente risco
y en cada hogar indiano florece un corazón.

Resuena en la hondónada la gemebunda quena
y el jilguerillo trina y arrulla la torcaz....
¡Rumor profundo y vago las soledades llena,
como un cantar sublime de ensueño, amor y paz!

¡Oh! soledad dichosa! Risueño panorama!
¡Montañas siempre azules en donde yo nací!—
¿Detrás de mí?... Las brumas, la tempestad q' brama,
y aquí la paz y el gozo, y el bien y Dios, aquí.

Aquí, do sollozando mi corazón esconde
sus últimos ensueños, sus lágrimas también.
¡Cargada de infortunios, se asila el alma en donde
parece que el olvido le está diciendo: ¡ven!....

Aquí, do, conjurando mi insólita amargura,
resuenan esos himnos de la materna voz.
Aquí, do siente el bueno, como aura de frescura,
esa íntima caricia del compasivo Dios.

Aquí, donde se asoma la estrella vespertina
que riega en el misterio sus lágrimas de luz,
y enciende otra esperanza, rasgando, peregrina,
la insólita penumbra de místico capuz....

Aquí... ¡Mas, ay!, que, en medio de aquestas soledades
que un día bañó hermosa la luz de otra ilusión,
se estrellan hoy rugiendo sañu' las tempestades
contra una pobre tumba: ¡mi mártir corazón!

¡En mi heredad, Dios Santo, me asedia la amargura
y soy como hoja seca que arrastra el huracán!
¡Ah! mientras van mis pasos a la honda sepultura,
llorando, mis recuerdos a lo pasado van!

¿Será que mi alma en vano su redención espera?
Mas, ay!, si espero en vano la ansiada dicha, aquí,
¿por qué me dice a gritos el alma lisonjera
de tantas viejas cosas: ¡acuérdate de mí?....—

¿Por qué la antigua casa, como un reciente nido,
mi corazón convida tranquilo a descansar?....—
Cubrió esa prole hermosa la noche del olvido.....
¡Oh! hermanos de mi vida ¡ya en dónde os podré hallar?

¡No duerme aquí mi padre! Bajo extranjero cielo,
bañar no puedo en lágrimas su tumba alguna vez....
¡Quedéme en la existencia sin sombra ni consuelo!..
¡Quedéme sin la sombra siquiera de un ciprés!....

Trasunto fiel del hombre de bíblicas edades,
mi abuelo —ese dechado de fe y abnegación—
sembraba en este campo su amor, sus caridades:
¡copiosa mies de un cielo: su hermoso corazón!

También entre gemidos, huyendo de la vida,
surcó de lo ignorado la inmensa oscuridad....
¡El roble que a la cumbre llevó su frente erguida,
ya ostenta las guirnaldas en la honda Eternidad!—

Mas ¡todo está lo mismo! Su áureo capullo abriendo,
las flores me saludan con perfumada voz....
—¡Callad!, hermanas mías... ¡Callad! que ya os entiendo:
me estáis diciendo, hermanas, que eterno es sólo Dios!—



PRIMERA CUITA

Bien me dijo, Lilitana, el Señor Cura,
conjurando mi acerba y honda pena,
que envenena la flor de la hermosura
y el amor con sus dichas envenena.

Mas, como era de mieles tu palabra
y era rosa de magia tu sonrisa,
como abeja que cien panales labra,
mi alma en tu boca se posó sumisa....

Cual de esa miel sombría del pecado,
de aquella dicha de mi amor incierta
un instante no más mi alma ha gustado.

¡Luego, esta abeja mísera, inexperta,
én la flor de tu risa se ha quedado
muerta, bien mío, para siempre muerta!





OFELIA

En el silencio viene:
surge a la vida, cuando el sol se apaga;
la forma leve de los sueños tiene
y entre el misterio de la noche vaga.

En mi cerrada puerta
detiene el paso fugitivo y, luego,
canta la gloria del pasado muerta,
robando de otros pechos el sosiego.

Es vaga su armonía,
como el perfume de las mustias rosas,
como esa honda y letal melancolía
con que habla el alma de las viejas cosas:

—¡Oh! inspiración del cielo:
Amor—único bien de la existencia:
¿quién, sino tú, conjura el torvo duelo
de los tristes que pierden la inocencia?

Mas, ay!, que, profanado,
yace en el cieno el primoroso nido.....
¡Surge, Amor, de esas fuentes del pasado
—áureos mares de ensueño— redimido!

Prepara, sí, prepara
la recia cota y el bruñido acero.....
¡Que en el campo, en el Trono y en el Ara
torne a vibrar su lanza el Caballero!....

Y allí jure, arrogante,
que hermanas son la dicha y la pureza;
mientras en ardua lid vence al gigante
que ha forzado el amor de una princesa.

Y Maritornes lleve
cubierto el seno cariñoso, en tanto
que el vencedor su aliento a furto bebe
de los fantasmas de un lascivo eucanto.

Ah!, encienda la hermosura
en los cerebros del candor la idea,
como esa fler de mística locura
—la novia de los genios— Dulcinea!—

Así, gimiendo canta
la dulce Ofelia que en la noche viene
con arpegios de dicha en la garganta,
¡y el pie sangrando en las malezas tiene!....

Visión de las visiones
que en el silencio surgen de mi alcoba,
vertiendo lumbre de otras ilusiones:
¡la honda quietud de mi indolencia roba!

Con mudo asombro y pasmo
su triste acento escucha el alma mía,
¡mientras el mundo, como vil sarcasmo,
canta ese himno rabioso de la Orgía!....





SOLO HAY DICHA EN EL CIELO

* *

No la ventura que el Amor nos brinda
hace eterno el placer;
pues, agotada el ánfora sublime,
de cruel hastío paladeamos la hez.

Si hasta la dicha del amor nos cansa
¿en dónde el corazón
ha de hallar la ventura que persigue
con incansable ardor?—

* *

No de la Gloria la radiante lumbre
conjura nuestro mal,
porque ese mundo que fecunda y dora
es la sombra de un sueño y nada más.

Si es un sueño la gloria que adoramos
¿a dónde el frenesí
nos llevará, buscando esa corona
con ansiedad sin fin?—

*
* *

No es la paz de la Tumba lo que extingue
nuestro inmenso dolor,
porque en su seno lóbrego palpitan
de otra existencia el germen y el calor....

Si hasta en la tumba la existencia impía
asedia nuestra paz,
la dulce calma que este pecho anhela
¿en dónde se hallará?—





EL VIATICO

—A la espiritual Señorita María Teresa Pasquel,
como homenaje respetuoso a la veneranda
memoria de su Señora Madre.—

* * *

—¡Adiós! adiós! — te dijo,
ya en esa barca leve, como una flor de luz....
—¡Adiós! Que no me olvides!— Y, cual con rumbo fijo,
lanzóse a un mar sin playas: ¡el firmamento azul!...

Con fúnebre gemido,
como embargado el mundo de trágico pavor,
cuando su ¡adiós! gritóle tu corazón herido,
los antros respondieron: ¡adiós! adiós! adiós!...

Y en rápida jornada,
del cielo en los confines, del éter más allá,
fue en vano persiguiendo tu férvida mirada
las huellas de los seres que nunca volverán...

Aquella frágil nave,
tan frágil como nimbo de púdica ilusión,
cobra ímpetu de rayo.... ¡Transformase en un ave,
con ala de esa inmensa locura del Amor!...

¡Qué en breve te arrebató
la madre a cuyo abrigo soñabas ser feliz!
¡Qué en breve las prisiones del corazón desata!....
¿Si en esa arcana orilla se acordará de tí?....

*
* *

Cuajando en oro vivo
las fieras ansiedades del recio labrador,
yace en los hondo; surcos... ¡Transforma, compasivo,
su amor, sus caridades en rubias mieses Dios!...

Después... cuando la aceña
ya en polvo convirtiendo la noble espiga está,
¡Señor del Universo!, mostrarse al hombre sueña,
cual grumo de ese polvo, sobre un sencillo altar!...

Botón de fresco lirio
que entreabre la corola de intensa palidez,
temblando yace en la ara sangrienta del martirio,
como ala que parece que está diciendo: ¡ven! ...

Y luego— frágil nave,
tan frágil como nimbo de púdica ilusión—
cobra ímpetu de rayo... ¡Transformase en un ave,
con ala de esa inmensa locura del Amor!

Y en incesante vuelo,
de todos los profundos espacios al través,
prosigue su jornada ¡por conducir al Cielo
las almas que en el ánfora bebieron de la fel!...

Regueros son de estrellas
los surcos que en los ámbitos abrió del cielo azul.
¡Cien universos nacen donde marcó sus huellas
aquella barca leve, como una flor de luz!....

*
* *

Desde esta cárcel dura
donde jamás, oh! amiga, la pena tendrá fin,
mirando el cielo arcano, cabe el Altar murmura:
¡Oh! Amor de los Amores, acuérdate de mí!...—



MADRE MIA

—En el nuevo hogar—

* * *

No es la victoria de un ingrato olvido
lo que tu aciaga soledad pregona.
¡Madre adorada, mi naciente nido
—sepulcro acaso de tu amor— perdona!....

También perdona si manché mis galas
con sucio polvo del inmundo suelo....
¡Se abate siempre, al desplegar sus alas,
si el ave ensaya remontarse al cielo!

Porque me diste, con la fe que adoro,
fuerza y vigor, en prodigioso alarde,
cuando te pienso, ya enjugado el lloro,
retorno a Dios en mi enojosa tarde....

* * *

Ya que en tu pecho —santa flor de tumba—
hasta mi culpa sin temor se esconde,
cuando la tromba sobre mí retumba:
¡mi madre vive!— el corazón responde! ...

¡Que no me olvides! En mi frágil pecho,
como en las ruinas de la vieja casa,
gime el recuerdo de tu amor deshecho,
como ave herida que su prole abraza.

¡Tu sombra evoco! Mi aflicción mitigo,
cuando mi labio, como a Dios, te nombra....
¿Quién mi desdicha llorará conmigo,
si al fin me niegas tu adorada sombra?—

*
* *

Me dijo un eco de lo arcano: ¡espera!—
y yo en la senda refrené mi paso....
¡Que solo tu astro, en su veloz carrera,
se acerca, oh! madre, al tenebroso ocaso!....

¡A Dios te acercas! Ya tu sien corona
la nívea lumbre de la eterna cima....
¡Perdona el nido de mi amor, perdona!....
¡Mi honda miseria con tu amor sublima!....—

¡Pues ya te sigo! ... Rescaté mis galas
del sucio polvo del inundo suelo....
¡Se abate siempre, al desplegar sus alas,
si el ave ensaya remontarse al cielo!... —

*
* *

Mientras la pena mi orfandad inunda,
se encienden todos los recuerdos tuyos
con luz risueña de ilusión fecunda,
como en la densa noche los cocuyos.

Ah! sí: tu amor enciende en claridades,
como un astro de níveas esperanzas,
del triste corazón las soledades
y del alma las grises lontananzas!

¡Tu amor evoco! Mi aflicción mitigo,
cuando mi labio, como a Dios, te nombra.
¿Quién mi desdicha llorará conmigo,
si al fin me niegas tu adorada sombra?





DESDE OTRA ORILLA

—Para el laureado vate y distinguido patriota,
Remigio Tamariz Crespo.—

Al tenue resplandor de arcana aurora,
mi frágil sér deplora
su esperanza y amor: ¡su fe perdida!...
¡Oh! enorme soledad! Profunda nada!
¡Oh! trágica jornada!
¡Oh! incomparable horror! Aciaga vida!—

La dicha es perla de insondable oceano:
¡la busca el hombre en vano!

De Prometeo ese incansable anhelo
yace en cadenas y congojas rudas....

—¿Será, decidme, la traición de Judas
la única senda que nos lleve al Cielo?....—

Treinta años ha que sobre el mundo lloro.

Treinta años ha que adoro
lo arcano y lo insensible.... Cuantas veces
busqué el amor y la amistad sincera,
mi seno desgarró la humana fiera....
¡Qué tremendos, oh! Amor, son tus reveses!

Mas —divina ilusión, sagrado hechizo—
la Providencia quiso
que haya el hombre otro edén en su memoria.
Recordando su infancia, en la existencia
sueña el placer. ¡Es astro de inocencia
el Sol sin mancha de la eterna gloria!

¡Mi apacible niñez! ¿Quién me diría
que, allá, en mi tarde fría,
fuese un recuerdo como nueva aurora?....
Aquí, a la sombra de la vieja casa,
como ave herida que su prole abraza,
¡me nutre con su vida.... y canta y llora!

Llora el perdido bien y el santo ensueño
del tiempo en que era dueño
de escucharte y volar a Tí, Dios mío.
Si hoy se remonta mi oración, manchada,
surca las sombras... y talvez la nada....
¡Se muere en honda soledad de frío!

Llora también esa heredad querida,
en donde —de mi vida
sagrada esencia y corazón del alma—
el arpa conquisté de mis cantares:
¡consolación de innúmeros pesares;
ala amorosa de ilusión y calma!

Y llora, oh! Dios!, el maternal cariño
y ese candor del niño
que halla en todo hombre un compasivo hermano
y en toda risa una ilusión divina....
¡Mira la flor sin contemplar la espina
y admira ese oro de falaz gusano!....

Ah!, en vano vertió el mundo su veneno
en mi ardoroso seno....
En vano ruge la tormenta fiera:
¡la onda a mi pie deshácese en espuma:
mi barca leve, como nívea pluma,
es el recuerdo de mi edad primera!

Astro de amor y fe, su luz inunda
la soledad profunda,
la inmensa lobreguez de mi agonía,

y otra vez rasga ese ominoso velo
que en tristes horas me ocultara el Cielo:
¡la magia evoca de lejano día!

Y el dulce idilio a renovarse empieza.

La gran Naturaleza
me inebria de ilusión y de ternura.
Las rosas que abren su botón de llama,
parece que me dicen: ¡ELLA te ama!—
¡Te ama!— la augusta soledad murmura!

Allí, su casa, como nimbo, blanca....

En la húmeda barranca
duerme en sosiego el manantial sonoro.
Cuájase en perlas la copiosa espuma,
mientras descorre el sol la tenue bruma,
bañando esa heredad con lluvia de oro.

No el palacio de trágica opulencia
—sarcasmo a la indigencia—

ávidos miran los humanos ojos.
La choza, allí: la cerca de magueyes
que guarda el sueño de los tardos bueyes:
¡cubierto el flanco de geranios rojos!

Canta y se afana el labrador sencillo.

El dócil corderillo
trisca, balando tras la mansa oveja.
Canta el silencio con rumor sublime
y el horizonte gris palpita y gime:
¡la honda nostalgia de la luz se queja!

Y admira esa ilusión de mi ternura
robando la Natura

de aquellos ojos su esplendor y encanto.
¡Roba esa lumbré de inocencia y calma
que ya no inunda esta orfandad del alma,
sobre hoscas mares de amargura y llanto!

Astros divinos de otra edad dichosa,
sobre una helada fosa,
su antorcha en vano el corazón enciende....
¡El ave triste de brumosa playa
que entre un desierto peñascal desmaya,
no al firmamento azul el ala tiende!....

¡Oh! primoroso edén, como de ensueño!
¡Oh! imagen de mi dueño!
¡adiós! adiós! — La estrella de otra aurora
ya mi senda alumbró de peregrino:
¡la senda que enrojece cruel destino
con tanta sangre que mi pena llora!

Oh! infinito dolor —alma del mundo—
reinas en lo profundo
del ancho mar. La mole de granito
es tu solio. La humana criatura,
como un cristal, enfoca tu amargura:
¡qué horrenda es su aflicción en lo infinito!



Cadencias de otro día



EL LIBRO

—Para el egregio ciudadano,
Honorato Vázquez.—

¡El Dios! el Dios!— la muchedumbre exclama,
cuando inspirada a la Sibila ve.
Fuego de un dios su corazón inflama....
¿No será un dios el corazón también?

Luego, se escucha prodigiosa frase
en el antro profundo resonar....
¡Aquella frase es como un sol que nace
del futuro en la inmensa oscuridad!

Porque al Destino de torvado ceño
los secretos la diosa le arrancó,
el hombre ya de su destino es dueño....
¡Los viejos hados ya fantasmas son!

.....

Hija hermosa del sabio Paganismo,
parece que aún conserva su poder.—
¡Antro sagrado, luminoso abismo,
el Libro encierra, como Dios, el bien! ...

Y, cual la diosa, lo comprende todo
quien al estudio su existencia da.
¡Frágil gusano de falacia y lodo,
por el Libro te yergues inmortal!—



PATRIA

Tu libertad recién nacida llora
y en la cuna te embarga la agonía....
¿Por qué reniegas en la dulce aurora
del Sol sin mancha del eterno día? ...

La oscura muerte en lo profundo mora.
¡No hay grandeza sin Dios, oh! patria mía!—
Te circunda la noche abrumadora
y' es tu primer vagido una elegía,

porque al **Vicio** consagras la existencia;
porque olvidas, en triste paroxismo,
que el astro sólo irradia en la eminencia....

No arredra tu venganza al despotismo:
¡en vano vibra del encono el rayo,
porque lo apagas en tu propio abismo!...



LLONA

¡Clón de luz, soberbio y majestuoso
del corazón cayó del Infinito... —
¡Ya entre sombras batalla sin reposo,
mordiéndola cadena del precito!...

De este abismo de horrores, el coloso,
lleva a la Eternidad la voz, el grito... —
¡Ah!, conmueve su acento prodigioso
la honda noche del Báratro maldito!...

Interroga, lanzando un anatema,
y arroja, como piedras, al Eterno
las estrofas de luz de su poema.

Llora a torrentes, como el hosco Invierno;
mas no apaga ese ardor que el mundo quema...
¡Se abrasa el mundo, como el propio Infierno!



MONTALVO

Como el rayo en la fragua ciclopea,
en su cerebro que un volcán enciende
forjada fue la abrasadora idea
que el broquel viejo de la Patria hiende....

Como cráter que muge y centellea,
sobre hórrida tormenta luz desprende....
¡Su verbo es estandarte que flamea,
si en locas lides el Progreso emprende!

Rueda a su golpe demolido el solio.
¡Formidable Titán, en ardua cumbre
robar ansía el fuego al Capitolio! ...

Mas ¡ay! —genio infeliz— no engendra nada.
¡Brilla entre ruinas, como fatua lumbre:
trágica antorcha de una huesa helada!....





GARCIA MORENO

—Para el sabio mentor de la juventud azuaya,
Nicanor Aguilar.—

—Hasta la civilización impuesta
por la fuerza es una verdadera
esclavitud. —Lamartine.

* *

La Cruz, su espada y a la vez egida....
¡Ese águila de lumbre,
batiendo el ala en plenitud de vida,
lanzó un pueblo a la **tierra prometida**,
como el ciclón arenas a la cumbre!

* *

Inmenso genio, lo eminente toca,
De todo lo sublime
la luz excelsa en su cerebro enfoca....
¡Al retemblar la tierra, en ansia loca,
la cima de un volcán su planta oprime!

Y el fuego prende, como el gran romano
que del protervo consumió la entraña....
¡Ay! del fecundo grano,
si el labrador con diligente mano
no abrasa en el hogar la vil cizaña!—

¡El fuego prende! Incólume y sereno,
del mal conjura el implacable encono....
¡Ya tienen -depurado el patrio seno-
la licenciosa muchedumbre freno,
cadalso el crimen, la virtud un trono!

*
* *

El bien es fuerza que fecunda y crea.
En su infrangible norma
del progreso forjó la magna idea.
¡A su luz, ya transforma
en gigante ciudad la pobre aldea!

Se cubre el virgen suelo
de perennes, magníficos pensiles.
Rasgado de ignorancia el denso velo,
al esplendor de mágicos abriles,
se abrazan ya la Patria con el Cielo.

Cuaja la mies en la heredad florida
que riega el agua de labrado tajo....
En todo pecho la esperanza anida:
¡sagrado es el hogar, fácil la vida,
y el himno del Honor canta el Trabajador!

Que la obra de ese genio, bienhechora,
rinda copioso y sazonado fruto:
¡porque le dieron, en la roja aurora
de su obra redentora,
la probidad Catón, la hoguera Bruto!

*
* *

La crinada Discordia, ya vencida,
cayó a los pies del ínclito gigante,
y la Patria, en la paz embellecida,
sonríe al Porvenir, como a su amante
la virgen prometida.

En el Poder la fuerza y el decoro.
Severo y majestuoso es el Senado;
incólume el Tesoro.....
¡Proscrita yace la pasión del oro
y es generoso y digno el Magistrado!

Que ese numen nos trajo, en la indigencia,
al esplendor del bien. Con voz y ejemplo,
enseña para el triste la clemencia;
el odio contra el fraude y la indolencia,
y el culto a Dios en el suntuoso templo.

Mas, ay!, aleve rayo parricida
súbito estalla y con fragor retumba....
¡Esta Nación, en orfandad sumida,
halló, en el seno de la ingrata herida
de ese gigante corazón, su tumba!—

*
* *

Porque extrema el rigor en la jornada,
y su brazo que armara el patriotismo
no cuelga en brazos de la Cruz la espada,
abrió al rencor el insondable abismo
que aún no llena la sangre derramada....

¡Copiosa sangre que el Progreso riega,
cuando engendra o redime!...
¡Sangre en que el mártir Ecuador se anega,
como el sol en el ancho mar sublime;
mientras el alba de la gloria llega!—

—¡Tirano!— dice la enemiga fama;
como un ángel le anuncia el Vaticano;
la Patria: ¡Padre!— con amor le llama,
y la Equidad le aclama
a un tiempo sombra y luz, padre y tirano!—





ELOY ALFARO

*
*
*

No de heroico león: de hambreada hiena
fue su largo clamor, como un aullido.
¡Cuanto abarca al incendio lo condena
su cruel pupila, de centellas nido!....

Astuto paladín, como de la hampa;
denodado campeón en la penumbra:
¡trágico cuervo de una infecta pampa
que en el ala del crimen ya se encumbra!

*
*
*

La Sociedad tranquila, como un lago,
copiaba el esplendor del cielo hermoso....
Mas ¡ya ese viento de abyección y estrago
en su seno revienta tumultuoso!

Nada el avance de su furia embota,
y allá en el fondo removido el cieno
sobre la tersa superficie flota....
¡Un pueblo gime de vergüenza lleno!

*
*
*

¡Es su fuerza el terror! Sañudo Mario
que en hipócrita risa se ennuascara,
llena el antro profundo del Erario
con el oro que adorna templo y ara.

De la sagrada Libertad en nombre,
derriba los cadalsos y, ladino,
falso y traidor, la vida acecha al hombre,
esgrimiendo su daga de asesino.

La luz extingue de la gaya ciencia
y subyuga la ley a ruda espada.
¡Evoca, profanando la conciencia,
en las tumbas la esfinge de la nada!...

*
* *

¡Ah!, su única virtud, el heroísmo,
—tremendo rayo que en la lid estalla,
hundiendo al adversario en el abismo—
es ala ruin que cubre a la canalla!

*
* *

Una vez, prevenido a gigantea
campaña, de cien hórridos volcanes
robó la llama que en la cima ondea,
humillando a los recios huracanes.....

Mas ¡si es verdad que en la épica contienda
a su nombre rindióse el enemigo,
no es menos cierto que en su heroica tienda
los infames hallaron pan y abrigo! (*)

*
* *

Con rápido correr de torbellino,

[*) El inminente conflicto Perú—ecuatoriano del año diez, fracasó, según parece, merced al prestigio militar del Gral., Don Eloy Alfaro; así lo asevera Stein. El Gobierno peruano temió quizá medirse con el denodado y viejo General del Ecuador. No obstante, este mismo fracasado conflicto, fue causa de la mayor expoliación que afligiera a la República.
N. del A.

desde la extensa playa a la ardua cumbre,
impetuoso recorre su camino,
arrastrando una inmensa muchedumbre.

¡Mas, ay!, de todas sus empresas grandes,
de sus locas hazañas, como acervo,
sólo queda en la cumbre de los Andes
la férrea garra de extranjero cuervo! ... [*]

*
* *

En profunda aflicción la patria mía
llora el oprobio de esa cruel memoria.
¡Su historia, como trágica elegía,
la musa gime de la humana historia!—



[*] Alusión al ferrocarril de Harman.—



PAGANINI (*)

—Para el distinguido escritor,
Fr. Domingo Jáuregui. O. P.—

*
* *

¡Es grande en su aflicción! Apolo rubio,
su voz la enorme soledad escucha.....
¡Es su antorcha la llama del Vesubio;
su amor, el Golfo que rugiendo lucha!....

*
* *

Porque ese gran rumor de lo sublime
la pobre humanidad oye en su canto:
¡Demonio eres!—le dice. Luego gime
y huye del genio con horror y espanto.

¡Huye del genio! Y él que en su indigencia
pulsas el áureo violín —moderno Apolo—
soñando conquistarse una existencia
de honor, dicha y placer, quedóse solo.

Ah!, gimiendo la fama le reviste
de un harapo de luz, como sudario....
¡Todo lo grande es silencioso y triste!
¡Lo infinito es medroso y solitario!

*
* *

Se apaga el sol. En la húmeda ribera,
errante y pobre, cual la madre luna,
vibrando el arco, en nota plañidera,

(*) Paganini —gran violinista napolitano— produjo en la ciudad tal asombro con sus composiciones, que la muchedumbre se dio en considerarlo como una verdadera encarnación del Diablo y lo expulsó de la ciudad. Al encontrarlo, la gente huía de él amedrentada y, cuando murió, los vecinos del lugar le negaron una sepultura. —N. del A.

llora ese cruel rigor de su fortuna.

Primero es un rumor tímido y suave,
luego un rugido que en la sombra estalla....
¡Clamor de tempestad y trino de ave
escucha el Golfo que asombrado calla!—

Ese átomo de luz se agranda, crece,
como un astro de inmensas claridades.
¡Se eleva!... Tras la nube desaparece!....
¡Revienta en cadenciosas tempestades!....

Llénase el cielo de sorpresa y pasmo
y se inebrian los mundos de armonía....
Mas ¡ya surge la aurora y —cual sarcasmo—
un mendigo infeliz alumbra el día!

¡Qué solo está! Su genio le reviste
de un harapo de luz, como sudario....
¡Todo lo grande es silencioso y triste!
¡Lo infinito es medroso y solitario!

*
* *

Una tarde de horror —aciaga tarde—
sintiendo el pobre y desvalido anciano
que voraz fiebre en sus arterias arde,
pide una tumba.... ¡mas la pide en vano!....

¿En dónde duerme ya? Si hasta una huesa
le habrá negado la esquivéz del hombre?
Ah! sí! De ese astro de inmortal grandeza
ya en la tierra no queda más que un nombre!....

Jamás el mundo para el genio tiene
hogar ni dicha, compasión ni gloria.
¡Ángel proscrito que del cielo viene,
su galardón recógelo en la historia!





EL DORADO

—Para el gran poeta azuayo,
Gonzalo Cordero Dávila.—

*
* *

Confiado a la onda de ignorado río
por arrancar secretos al arcano,
presa el alma de ardiente desvarío,
va el hidalgo, invencible castellano.

El río como mar conquista y doma
y lo imposible su ardimiento halaga.
Pide oro al día, cuando el sol asoma,
oro a la noche, cuando el sol se apaga.

Sereno atisba.... Se oscurece el cielo
y el abismo a sus pies ruge y batalla....
¡El águila que audaz remonta el vuelo
la garra apresta cuando el rayo estalla!—

*
* *

Mientras Pizarro adora cuanto toca
en esa tierra a su ambición fecunda,
pide al desierto pan, agua a la roca....
¡La soledad inmensa le circunda!

Y aun cuando rica mina le da hartura
no acaba su tormento y el delirio
con montes de oro al español tortura....
¡La Ambición no es placer sino martirio!

Ve en su mente tornar nave tras nave
cargadas de tesoro inesperado,
y el ancla olvida mientras no la clave
a la orilla del piélago dorado....

¡Humana previsión! Pizarro ignora
que el mismo anhelo que en su pecho anida

arma el brazo de turba que, traidora,
le arrebató la presa y ¡no la vida!....

El denodado y fuerte castellano
mira... después desesperado llora....
¡Cada tarde a su nave espera en vano;
la espera en vano al despuntar la aurora!

Comprende al fin su horrenda desventura;
deshecho mira el pertinaz delirio....
Mas aun sed de oro al español tortura....
¡Ah! la ambición es el peor martirio!

*
* *

La hueste traidora en tanto brega,
domeñando las recias tempestades,
y, al arduo impulso de perfidia ciega,
su negra hazaña impone a las edades.

¡Su hazaña vence así! ¿Qué importa a España
que las conciencias profanadas lloren,
mientras oro le rinda cada hazaña
y los, protervos los desiertos doren? ...

Héroe que eternizó su gran perfidia,
allá, en la virgen selva americana,
sólo el tesoro de su negra insidia
ofrece a las Castillas, Orellana....

Mas ciñe un lauro de inmortal victoria,
mientras el astro de Pizarro muere.
Y el Dorado ¿qué fue? Sombra irrisoria,
cual toda dicha que el mortal prefiere....

Siempre al traidor absorto el mundo admira;
porque, ay!, cubierto de falacia y lodo,
en órbita de luz el mundo gira....
¡Moisés es nada y el Becerro, todo!





CANCION INDIANA

—¡Sembrad esos
corazones! Vere-
mos que fruto
dan!- Atahualpa.—

*
* *

Paced las niveas rosas de ese prado
y esa azucena azul del áurea cuesta....
¡En la Tierra del Sol tiene el collado
corazón de floresta!....

¡Paced, paced rebaños peregrinos,
que excelso Numen guía!...
Bebed la onda de arroyos cristalinos:
¡arterias de ambrosía!

Corazones sembró de los mayores
el Inca... ¡Corazones que estallaron
en perdurable tempestad de flores!

En esta dulce tierra ambicionaron
coronarse de Iberia los señores:
¡con su sangre de genios la regaron!....



*
* *

Florece aquí la tímida cañerla,
cabe el agua durmiente de la duna....
¡Corona de los Andes, rica perla:
oh! túrgida laguna!—

Florece aquí la espiga
y el sarmiento de vid. en los cercados,
¡y aquella palma, de Minerva amiga,
que crece en nuestros prados!...

Aquí, Naturaleza,
pródiga de su amor, con hidalguía,
derrama sobre todo la belleza.

¡El alma de la luz puso en el día
y en el alma del genio la grandeza,
cual piélago infinito de armonía!





Paced, paced el lirio de ese campo
y esas guirnaldas de jazmín florido.
¡Es cada seto como un regio lampo:
de níveas hadas, primoroso nido!

Jardines siempre en flor, las soledades;
frondal pomposo, la colina ufana.
Aquí y allí, risueñas las ciudades...
Oh! hermosa tierra indiana!

¡Paced! No torna el Lobo fugitivo
que ayer nos devoró!... Su luz tranquilan
vierte el Padre del Inca, compasivo!...

Y en tanto, al ritmo de sonora esquila,
un Sacro Numen, cabe el Ara, activo,
¡cuántos vellones primorosos hila!





Surca el alma, nutrida de ilusiones,
de la gloria la inmensa lontananza,
en donde abrasa el sol de las pasiones,
con lumbre de esperanza....

Mas, todo encanto se deshace en breve,
y, rotas ya sus alas rumorosas,
muere el alma en la nada... ¡en esa aleve,
pomposa nada de risueñas cosas!....

¡En la tierra paced que nos legaron
nuestros padres, y que ínclitos señores
con su sangre de genios fecundaron!....

Corazones sembró de los mayores
el Inca... ¡Corazones que estallaron
en esa enorme tempestad de flores!....—





IBARRA

—Para el inspirado vate,
M. Enrique Pasquel Monge.—

* * *

La Princesa de sórdidos volcanes,
ya el carro ebúrneo de su dicha roto,
como a impulso de recios huracanes,
en la fauce cayó del Terremoto.

Revanchas fieras el valor provoca.
Porque esa regia maga, en su heroísmo,
el ígneo reino con su pie ya toca,
le asió rugiendo airado el Cataclismo.

Mas Dios que en todo con su amor impera,
desde lo arcano, espléndido y risueño,
dijole al monstruo arrasador: ¡espera!—

¡Y, de ELLA siendo ya su único dueño,
consagróle divina jardinera
en primoroso edén como de ensueño!



*
* *

¡Su inmenso corazón, a toda lumbre,
¡Onda es de encanto, de pasión y gloria.
¡Es sacro incienso que en sublime cumbre
perfuma el cielo, su grandiosa historia!

Soberbia rige el carro del Progreso;
como un astro de ensueños centellea....
¡Tiene sangre de fuego y es por eso
que en sol se cuaja su radiante idea!

Y pone luego, en prodigioso alarde,
sobre el Ande su mano redentora:
¡que ya el Ande a sus pies gime cobarde!

Ayer vencida, hoy grande y vencedora.
¡Así en el seno de la oscura tarde
se incuba el germen de la blanca aurora!

✱



Úbre un manto de vívidos colores
sus regias formas de sultana hermosa,
y resplandece en piélago de flores,
como en el cielo del amor la diosa.

Deponiendo la trágica armadura,
como hórrido titán con hidalguía,
a su seno le estrecha el Imbabura,
diciendo en tenue voz: ¡Princesa mía!—

Y ELLA recliná en el volcán las sienes,
como visión de olímpica belleza,
coronada de nimbos como edenes.

¡Y, cuando el monstruo gime con tristeza,
parece que ELLA dice: ¡oh! rey ¿qué tienes?...
y ese su labio fragoroso besa!



POSTAL

¿Pregunta acaso por tu amor bendito
ese idioma de luz de tu mirada,
contemplando en la bóveda estrellada
el sublime esplendor del Infinito?....

¡Ah! no despierte tu ardoroso grito
de los recuerdos la implacable oleada!
¡De tu amante infeliz tumba callada
sea tu pobre corazón marchito!

Paloma herida, tu inocencia ignora
que no del cielo la piedad redime
a quien a gritos su dolencia llora.

¡Sólo apaga el ardor de la amargura
quien resignado su desdicha gime,
mientras el cáliz de la muerte apura!





ANTE UNA TUMBA

—Para Honorato Loyola.—

¡Qué aterrador silencio! Ya mi dueño
—mísero polvo— a mis gemidos calla....
¡Qué profundo es el sueño
en que el olvido de otros sueños se halla!...
Aquella triste noche
de su cruel agonía,
—¡oh! del recuerdo pertinaz reproche!—
con qué ansiedad decía:
—Mi bien, el Cielo quiera
que, siempre fiel a la memoria mía,
allá en la tarde, cuando el sol se muera,
consuelo busques en mi tumba fría:
¡que en fúnebre orfandad mi amor te espera!...—

.....
Sarcasmo cruel es la existencia humana:
¡sombra de un sueño en la extensión arcana!
Mi blanca estrella en el ocaso hundida
de mi cielo sin luz la senda olvida,
y, mientras cubre el mundo sombra parda,
azota el cierzo impío
la tumba de mi amor ¡que sólo guarda
un puñado de polvo y el vacío!....

¡Lóbrego Cementerio

—pavorosa caverna del Misterio—
mi loca mente que a robar aspira
un átomo de luz al Infinito,
ya arda en tu seno, cual funérea pira
que las sirtes alumbre del Cocito!...—

¿En dónde están aquellos

abrasadores ojos

que a la aurora robaran sus destellos;

y esos sus labios rojos

en que su risa, cristalina y leve,

batiera el ala de carmín y nieve,

cual rauda mariposa

sobre el capullo de entreabierta rosa;

y la cascada brilladora, hirviente

—áureo poema de la gloria mía,

regio diadema de su ebúrnea frente;—

y esas flores de ensueño que vertía

su corazón tan puro como ardiente?

¿En dónde está mi dueño?...—

¡Niña hermosa,

mi única adoración, mi amor primero,

más allá de esta fosa

—divina mariposa

de celestial jardín— hallarte espero!

Y entonces a mi lúgubre gemido,

trocado en tenue voz de amante arrullo,

te dormirás en mi alma que es tu nido,

como duerme el aroma en el capullo.—

St: al terminar la vida transitoria,

se desvanece nuestra forma humana,

como visión de los insomnios vana;

¡mas nunca mueren el Amor, la Gloria!....

¡Amor y Gloria! Locas vanidades

que en el seno fraguáis de las edades
cuanto la pobre humanidad adora:
¿qué sois vosotras, si la propia vida
—mustia flor inodora,
sobre abismos profundos ala herida —
como fuerza inconsciente,
víctimas sólo del Tormento crea,
y el polvo anima que ese fuego siente
de cruel pasión y de abrasante idea?....
Círculo que ansiedad y espanto infunde:
de tanto sér los míseros despojos
que apenas miran los humanos ojos,
el viejo Sol en sus crisoles funde,
y en energía y sensación transforma
y en esbelta y gentil y ebúrnea forma.
Ay!, ese polvo inerte
que ayer me amó, padecerá mañana
la tortura quizá de adversa suerte:
¡fibra sensible de otra forma humana!
O acaso —de otro amor sol encendido —
mientras yo duerma en perdurable olvido,
con flores de ilusión la senda oscura
bordará de otra mísera criatura....
¡El viejo musgo se transforma en nido!



A MARIA

Aunque mi fe de niño perdió su santo aroma
y el cielo en que te amaba cubrióse de crespón,
con presuroso vuelo de tímida paloma,
sangrando el ala frágil, te busca mi oración.

Porque te sueña el alma, no en floreciente nido
ni en reinos siderales y piélagos de luz,
sino acudiendo al triste reclamo del gemido;
sino elevando al Cielo la redentora Cruz.

Yo te amo, Santa Virgen, porque es tu inmensa pena
un mar de amor que abrasa del hombre la aflicción.
Tu sangre, dulce Mártir, espacio y mundos llena:
¡es grumo de tu sangre mi propio corazón!

Ay! todo lo he perdido! La fe que en mí pusiste
—luz que alumbró a mis ojos la arcana Eternidad;
las perfumadas alas que a mis ensueños diste;
la senda que mi paso siguió en la inmensidad....

Pero tu amor, oh! Virgen, que en inmortales horas
adormeció mis ansias con la ebriedad del bien,
resurge en las tinieblas, con explosión de auroras,
despliega ante mis ojos la magia del Edén.

¡Tu amor! Cuán grande y puro se enciende en mis entrañas
y de otro encanto cubre la cénica visión
de los tranquilos valles y plácidas montañas,
donde es tu nombre un himno, tu culto una pasión!



Margarita.

--Para la dulce poetisa,

Doña María Carrera.--





CITA HEROICA (*)

* * *

Luis del Carchi, nacido en pobre aldea,
tiene en el alma y en los ojos fuego,
robusto el brazo y nítida la idea....
¡Como a cuantos le ven, prívale el juego!

El juego de pelota
que al pueblo da solaz, vigor y fuerza.
¡Imagen de la vida que rebota
entre las manos de fortuna adversa!

¡Cuán diestro jugador! En campo raso,
parece que algún dios su pecho inflama.
A cada golpe del fornido brazo:
¡es un león! — la muchedumbre exclama.

Y la hermosa, la rubia Margarita,
desde el umbral de su nativo techo,
con emoción le grita:
¡pareces un león, torcaz del pecho! —

(*) He procurado reflejar y acaso encarnar, dirélo así, en este poema el brillante espíritu de la población del Carchi, poniendo de relieve tres de las más notorias de sus pasiones colecticias, a saber: su acendrado apego a la Religión, su ardorosa sed de guerra y su entusiasmo por el juego de pelota. La intachable virtud y el tradicional heroísmo de la mujer carchense los he personificado en la rubia Margarita. — N. del A.

* * *

Mas una tarde, cuando ya la oscura
noche viene, lamiendo la montaña,
siente, Luis, honda amargura,
tendido en el umbral de una cabaña.

¿Por qué, mirando el suelo,
olvida ya su juego de pelota?
¿Por qué ese heroico joven, como en duelo,
deja correr su llanto, gota a gota?

¿Por qué? Nadie lo sabe.
Mas el ancho sombrero en su cabeza
parece un ala de ave
que el raudo vuelo ensaya con presteza....

Bajo el poncho la rústica zamarra....
¡Semeja, peregrino,
majestuoso condor que hince la garra
en toda cumbre del coloso andino!

¿Qué aguarda allí?... Con raudo paso viene
Margarita, la rubia:
¡la hermosa niña que en el alma tiene
frescura de jardín bañado en lluvia!

La mira, Luis, y en breve se incorpora;
luego, le dice: — Tu orfandad me aterra,
por eso el alma llora....
¡Oh! Margarita, adiós: voyme a la guerra!—

—¿Qué dices, Luis?— como abrasada en fuego,
ella gime, con eco desolado:
—¡Te robas mi alma y me abandonas luego!...
¿Por qué me has engañado?....

¡Que no te vayas! Como un ave oscura,
como ave triste de brumosas playas,
es ya mi corazón en su amargura....
¡Que no te vayas, Luis! Que no te vayas!—

Y mientras, ella, se comprime el seno
y se revuelca en la insensible tierra,
Luis, de furia lleno,
ruge como un león: ¡voyme a la guerra!

¿No ves que el Radical, hora tras hora,
va corrompiendo todo?....
¡A Dios olvida y la Razón adora
sobre un altar de lodo!... —

—¡Verdad! verdad!— prorrumpe Margarita:
¡todo lo arrasa el radical ímpio! —
Luego con ansia grita:
¡si es a morir por Dios, corre, bien mfo!—

*
* *

Cerró la noche oscura
que se vino lamiendo la montaña
y, Margarita, llora su amargura
en el desierto umbral de esa cabaña.

En la vecina cuesta,
cual de un león desazonado y fiero,
descúbrese la enhiesta
y gallarda silueta del guerrero.

Confiada al cierzo frío
llega una voz lejana:
¡A la guerra me voy!.... ¡Adiós, bien mfo!—
Mas, ELLA, le responde: ¡hasta mañana!....—



PASION Y MUERTE

*
*
*

En tierra de Colombia denodada,
cómo vencer medita,
en la épica jornada,
el novio de la hermosa Margarita.

En torno suyo los carchenses yacen,
que es el más denodado de esa tierra,
donde los héroes nacen,
como las flores en montuosa sierra.

A la sombra del mágico Santuario
de la Sagrada Virgen colombiana,
por Dios esgrime el hierro sanguinario
la triste población ecuatoriana.

¡Dos meses ha que allende la frontera,
roma la espada, el uniforme roto,
esa gente guerrera
hizo en Las Lajas de morir su voto! ...

*
*
*

De una aurora se ven a los fulgores,
de las armas del trágico enemigo,
desprenderse infinitos resplandores,
como de un campo de maduro trigo.

¡Avancen! — grita, Luis. ¡Llegada es la hora
de vencer o morir! — Y aquella gente,
invoca a la Señora
y al enemigo busca frente a frente.

Del adverso el cañón sordo retumba.
Lanza el fusil carchense mil centellas.

¡Cada surco una tumba;
charcos de sangre son las rojas huellas!

¡Avancen!.... Mas no tienen municiones
y un flanco está por el cañón deshecho....
¡Nada importa! Les sobran corazones
y al enemigo estrechan pecho a pecho!

¡Vano es todo! Corona la victoria
la sien del adversario que es más fuerte....
Luis, entre tanto, buscará la gloria
en brazos de la muerte,

porque asombrado en la trinchera mira
a Margarita que le dice: ¡vence!....—
¡Fuego en la lid y en la floresta lira,
vaso es de glorias la mujer carchense!

Luego, de níveas flores del Santuario,
ciñe a su frente una inmortal corona,
y, arrebatando el hierro sanguinario,
ya defiende a su amor, como leona.

Presto bala certera
abrió en su seno una anchurosa herida,
y Luis que ardiendo salta la trinchera,
de Margarita al pie cayó sin vida.

* * *

Crepúsculo de luna
cubre un campo de sangre y de ceniza....
¡Ah!, Margarita, en esa noche bruna
con su muerto en los brazos agoniza!

La sombra del guerrero junto al río
asoma al fin, como visión lejana:
¡Voyme al Cielo! — le grita. ¡Adiós, bien mío!—
Mas, ELLA, le responde: ¡hasta mañana!—



COPAS DE ABSINTIO

A mi Madre y a mi Hermana.

En homenaje de amor y de gratitud





CARPINTERO

Como responde al raudó **carpintero**
que sin piedad golpea,
llorando mirra el secular madero:
¡así, del corazón al golpe artero,
revienta en ondas de aflicción la idea!

¡Acre perfume! Lobreguez profunda
del bosque y el abismo!
¡Sollozar que los ámbitos inunda
de nostalgia! — En su tarde moribunda,
mi sér os lleva ya en su seno mismo!—

De lo íntimo del alma esa honda pena
el corazón exprima....
¡Con qué fruición el ave en su faena
labra en el leño su vivienda, y suena
su golpe, como perfumada rima!

¡Golpea, corazón!... En la montaña,
responde al golpe el eco....
¡Todo primor de fronda el cierzo daña:
sólo respeta su iracunda saña
esa triste oquedad del árbol seco! ...

Oh! corazón, en el cerebro mío
sin compasión golpea!...
El vértigo en el fondo... y el vacío...
y siéntese en la cumbre tanto frío...
¡Labra el nido en la idea!



CREPUSCULAR

— ¡Huye! — dije. Mi suerte maldecida,
como el Mar Muerto, con gigantes olas
ha devorado cuanto amé en la vida....
¡Déjame el alma con su pena a solas!—

Mas, ELLA, respondiome: Como yedra,
porque eres ruina, vengo a darte abrigo.
Tu pena inmensa a mi pasión no arredra:
¡te amo y anhelo padecer contigo!—

¡Oh! fútil pompa de olvidado leño
que agreste musgo reverdece un día!
Oh! Amor —divina vanidad de un sueño
que enflora el alma y al edén nos guía!

Como a conjuro celestial, aquella
tarde rendíme a su pasión, cobarde.
ELLA, en mi horrible soledad fue estrella;
¡mas fue la estrella que anunció mi tarde!....



TREINTA AÑOS

¡Qué enorme soledad! Esta es la cima
de la existencia, oh! Dios, la cima helada.
Páramo denso.... ¡Mi candente rima,
como un eco de ayer, se hunde en la nada!

¿Es fuerza que la Cumbre nos redima?....
¡Aquí, se torna nieve inmaculada
la nube —fango que el ardor sublima
en la profunda y trágica hondonada!...

No se escucha el fragor de la soberbia,
como eco de la humana muchedumbre:
¡piélago de injusticia y de protervia!

¡Pero, ay!, qué horrenda soledad, Dios mío!
Sin odio ni rencores; mas, sin lumbre,
se muere en esta inmensidad de frío!...



SUPREMA CONGOJA

¿Qué es la dicha? Gimiendo el alma se iba
arriba, muy arriba,
cuando una voz me dijo: ¡Es ella! es ella—
Ella!— la sensitiva
del celestial jardín— la última estrella!

Y el alma se iba en el profundo espacio
despacio, muy despacio....
¡Holló entre tanto la gigante Aurora,
en su enorme palacio,
mi pobre sensitiva brilladora!....

Y otra terrible voz, como de fuego,
me dijo: Luego, luego,
sólo entre espinas se abrirán tus rosas....
¡La dicha es flor del ciego:
tormento en flor, la vida de las cosas!....



POBRE NIÑO

El bardo escucha prolongada, intensa
voz de gemido en extranjera alcoba....
Ese algo que le nombra, que le piensa,
¿por qué el sosiego de sus noches roba?

Ah! su alma, como nunca, amedrentada
—ave que el cierzo despojó del nido—
en vano esquivo el golpe de esa espada:
¡de un niño rubio el tímido vagido!

—¡Grumo de mirra que en fatal corteza
destino fiero condensó! Perfume
que, en el ara sin luz de la Tristeza,
la Vida, como el fuego, ya consume!—

¡El bardo escucha!.... De su amor lejano,
sólo guarda esa voz la rota lira....
¡La cuna es tumba de otro bien arcano
y antro en que aciago porvenir suspira!....

Recuérdanle sus quejas lastimosas
el patrio valle y el hogar vacío....
—¡Oh! niño —corazón de aquellas cosas—
que estás muriendo de orfandad y frío:

turba su calma en esta noche helada,
cual rudo torcedor de la conciencia;
pues, la dicha rompiendo de tu nada,
te impuso la crueldad de la existencia!—



¡OH! ESPERANZA!

No sé que hay sombras que en la noche vienen
Embriagadas de amor y de hermosura,
y sé que hay otras que en la aurora tienen
la intensa palidez de la amargura.

Jardinera de ensueños, jardinera:
¿talvez las sombras de la noche, dime,
la luz presienten que la Aurora espera;
pues, quien espera su aflicción redime?

Fue tu primera aunque imposible cita
en esa inmensidad sin lontananza
de la noche profunda de mi cuita.

Te asedia mi anhelar y no te alcanza...
¡Oh! deidad imposible aunque infinita,
eres alma del Sueño!... Oh! Esperanza!—



¡VERDUGO MÍO!

Aquí, en mi corazón, cual nunca fieles,
un enjambre de trágicas memorias
se viene a devorar las pocas mieles
que aun quedan de mis dichas transitorias.

Esas que carne tienen de claveles
diosas fueron de célicas historias....
¡Otras memorias, como espinas, crueles
despojos son de mis pasadas glorias!

Pero aquella que es vida de mi vida,
¿por qué, enclavada en mi dolor sombrío,
de beberme la sangre nunca olvida?

¡Refrena ese implacable desvarío;
pues si agotas la sangre de esta herida,
ay!, ¿qué será de tí, verdugo mío?—



VELUT UMBRA

Adiós, mi vida:
ya el raudo viento mi barca impele sobre la mar.
Tú, enternecida,
desde la playa, llorando a gritos mi cruel partida:
¿por qué -preguntas- amor del alma, por qué te vas?

Mi bien, lo ignoro,
y, mientras surco las olas turbias con mi bajel,
bañado en lloro,
también me digo: ¿por qué abandono mi bien que adoro?
y algo murmura dentro del alma: ¡debió de ser!—

Oh! cruel destino,
¿acaso sabe por qué se muere la pobre flor?
¡Yo, peregrino,
entre las brumas de mar inmensa sigo el camino;
pero, ay!, ignoro por qué he venido, por qué me voy!...



CORAZON

Este tormento en flor de muerta aurora,
aquí, en mi tarde reflorece más...
¡Corazón, corazón, tu engaño llora:
no torna ese ángel de amor jamás!....

Mariposa de encantos peregrina,
perfumóse en tus flores la ilusión.
¡Mas, ay!, qué pronto traicionera espina
hirióla de esas flores, corazón!

Oh! corazón, en el Edén risueño,
las flores de su amor ¿serán también
brotes fugaces de espinoso leño?...

Siempre en espinas ha rasgado el bien
la frágil ala de ventura y sueño:
¿será de ensueño el codiciado Edén?...



MAGNA GLORIA

Oh! tímidos recuerdos —parleras golondrinas—
que despertáis al grito que en mi orfandad retumba:
¡dormid!... ¡Cuán apacibles las horas vespertinas
que anuncian esa calma del sueño de la tumba!...

En esta vida frágil, un lánguido gemido,
cualquiera rumor débil, os turba y os espanta:
¡del corazón indócil el trágico latido,
la dulce voz del ave que al nuevo día canta!....

¡Qué bien se duerme en esas gigantes soledades
sin que jamás la aurora con núbneas claridades,
anuncie la llegada del enojoso día!....

¡Dormid! — clama Julieta que a su Romeo esconde.
¡Dormid! dormid! — Romeo, sin ansiedad responde:
la aurora del Eterno no asoma todavía!—



TORMENTA

Las temidas sombras de caudas gigantescas
Barrieron del espacio la mañanera luz.
Retumba el sordo trueno -canción de las tinieblas.
¡La tierra es un cadáver y el cielo un ataúd!....

¡La tierra es un cadáver! En la extensión vacía,
puñado de congojas que arrastra el huracán....
Sin rumbo ni concierto, sin tiempo ni medida,
-fantasma del abismo- decídme ¿a dónde va!....

*
* *

¡Rugiendo el mar batalla! La inmensa cordillera
ya enciende sus volcanes con trágico fragor.
Relumbra el rayo horrendo, como sangrienta tea....
¡En medio el cataclismo, la rúbrica de Dios!

Y vibra, como espada, la cólera infinita
del Dios que en el Abismo lo más pequeño ve....
¡Señor! Señor! la vida, la frágil vida mía,
¿es mía o es del rayo?... Decídme ¿de quién es!....



NOCTURNA

¿Por qué de sombra, oh! alma, te revistes?
¿Por qué no tornas al ensueño ya?
—Dios mío— Padre bueno de los tristes—
¿en dónde, dónde estás?...

Sé que el despojo de la ruin materia
de nuevo vive si le abriga el sol.
Sé que a la larva de infeliz miseria
un ala le das Vos.

Y sé que el ave que abandona el nido
liba en las flores perfumada miel....—
¡Sólo arrasan los vientos del olvido
del hombre el fútil bien!

Reza, alma triste, en el silencio reza:
—Dios mío— Padre Bueno ¿dónde estás?... —
¡Cómo ese abismo de la nada empieza
en todo pecho sin ensueños ya!....





INTIMA

* *

En mi alcoba
—fría tumba sin recuerdos ni plegarias—
y en las hondas
soledades que en la vida tiene el alma,
tu memoria
se dilata,
como una ola,
¡como una ola de gemidos, de tormentos y de lágrimas!

Y en la sombra
densa y trágica,
con cadencias de olvidado, viejo idioma,
desolada,
tu memoria
viene y me habla
de otros tiempos, de otras dichas: ¡de esas cosas
que se hundieron en la nada!....

.....

En mi alcoba
—fría tumba sin recuerdos ni plegarias—
¡como loca, como loca,
como loca, viene y me habla!....

*
* *

Cuando todas
esas sombras, en la noche condensadas,
son barridas por la aurora
que en las cumbres se levanta,
tu memoria,
triste y lánguida,
gimiendo huye, cual paloma
desbandada.
En esa hora
toda henchida de murmurios y plegarias,
¡oh! qué sola
queda mi alma, de la tuya separada!

Las sonoras
frases tiernas de los seres q' me nombran, porq' me aman,
y otras cosas
siempre buenas, siempre dulces, siempre plácidas,
¡cuán monótonas
van cayendo sobre mi alma,
como gotas
de llovizna, que resbalan
en la losa
de insensible tumba helada!...

.....
¡Oh! las sombras
de esa noche sin recuerdos ni esperanzas!....
¡Oh! la noche sin auroras
en que duermen siempre unidas tantas almas!.....



Pobre Lilitana





*
* *

Conmoviendo otra vez con un gemido
la profunda quietud de lo pasado,
mi amor sacude el sueño del olvido:
¡que no es dado olvidar al desgraciado!

Ay!, duerme todo con la enferma tarde:
la ave en el nido y en el surco el germen;
duerme en su tumba el corazón, cobarde....
Los recuerdos de amor ¿por qué no duermen?

¿Recuerdos de mi amor?.... ¡Sombra querida,
en mi honda noche de orfandad sumida,
cómo pudiera conjurar la intensa

congoja de la eterna despedida!....
¡Quién me diera ofrendarte, en una inmensa
lágrima de pasión, toda mi vida!





¡Mi dicha fue!... Del cielo de otros días
que el ensueño inundó con luz de aurora,
sólo quedan arcanas lejanías
que el alma en orfandad contempla y llora.

Lo arrasó todo el ciego cataclismo
que perdona mi vida sin amores....
¡Mas, si ELLA asoma —célico espejismo—
se cubre esa honda soledad de flores!....

¡Qué hermoso edén es la ilusión humana,
cuando la enciende el amoroso anhelo!...
Paréceme otra vez que mi Liliana,

mi gemido escuchando, rasga el velo
del hondo arcano y me señala el Cielo,
diciéndome: ¡Te aguardo, ven mañana!....—





¡Redentora visión! Sus ondas riega
de un sol de gloria la copiosa lumbre.
¡Es un jardín de amor la undosa vega
y el trono del Señor la excelsa cumbre!

De nuevo surge en medio la espesura
mi apacible, mi rústica cabaña:
¡blando nido de amor y de ventura,
sensible corazón de la montaña!

Porque, ELLA, conjuró las tempestades,
mi heredad que hoy circundan los cipreses,
recobra su primor, sus claridades.

Relumbra el oro de copiosas mieses,
cubriendo de esplendor las soledades:
¡amor fecundo de los tibios meses!





Allá en la falda gris de la colina,
bajo el cielo sin brumas de su historia,
y en piélagos de lumbre peregrina,
bajel de ensueños, de esperanza y gloria;

Allá se yergue Cuenca, la sublime
reina triunfante de la tierra azuaya:
jarpa en que el genio del pasado gime
y el genio del futuro el himno ensaya!....

En ese nuevo edén ¡cuánta hermosura
y mágico esplendor! Cuánta alegría
en ese corazón de la Natura!—

Allí, a mis ojos te ofreciste un día,
llenándome de insólita amargura,
¡tormento y gloria de la vida mía!



*
* *

— ¡Vré contigo a la heredad — dijiste. —
De vago y tierno afán mi alma está llena:
amo lo grande, silencioso y triste....
¡Quién fuera de tu campo una azucena! —

¡Ay!, fue tu amante voz un breve arrullo
de tímida torcaz que canta y llora!....
¡Murió mi dicha en virginal capullo,
al astro sin calor de aquella aurora!

Mas, lumbre de oro mi heredad destella
y Dios los surcos con amor fecunda,
porque enflora mi campo al nombre de ELLA....

La aurora de otra dicha el alma inunda!....
¡Es el recuerdo compasiva estrella,
única antorcha en la orfandad profunda!



*
* *

Ya entre juncos y sauces duerme el río
que el pie del monte susurrando abraza.
Ya en ancha quiebra de peñón bravío
salta al abismo, se retuerce y pasa....

Y el dulce hogar de todos mis amores,
como nimbo de luz, surge en su vega.
¡Altar risueño, búcaro de flores,
su pompa al beso del placer despliega!

Y así en el llano como en la ardua loma
y hasta en el triste yermo solitario,
es todo pecho nido de paloma....

La tierra, como místico incensario,
perfuma el cielo, cuando el sol asoma....
¡La augusta soledad es un santuario!





Mas, ay! ¿por qué mi corazón se empeña
la dicha en evocar del bien perdido?
Ave que arrastra el huracán.... ¿y sueña
amor y gloria en el deshecho nido?...

¡Pobre Liliana! Si el gentil decoro
consagró su beldad, en negras horas,
la insidia sepultóla en mar de lloro....
¡También se eclipsa el sol de las auroras!

¡Mágicos sueños de mi edad aquella!
¡Risueña granja! Sosegado río!
¡De mis tardes de amor cándida estrella!

—flor temblorosa del ocaso umbrío!—
¡Qué vanos fueron los encantos de ELLA:
mujer y nada más fue ese ángel mío!



*
* *

Mujer y nada más! De las pasiones
en el rudo ciclón, átomo leve,
o en flor de ensueño néctar de ilusiones
en que muerte de gloria el alma bebe....

Rubia linfa de arroyo cristalino
o sirte borrascosa en mar profundo:
sombra infranqueable, resplandor divino....
¡Es la congoja y el placer del mundo!

Astro de amor, de bien y de ternura,
los infinitos cielos enriquece
con piélagos de luz y de hermosura.

Mas, ay!, en negro ocaso desaparece,
cuando ese cáliz del ensueño apura:
¡que todo sueño con la sombra crece!



* * *

¡Quizá, dichosa, remontó su vuelo,
consumando en la tumba su dolencia!
¡Quizá me aguarda en la mitad del cielo
la virgen del amor de mi existencia!...

Copioso llanto su recuerdo baña:
llanto que toda la heredad inunda
y apaga el dulce hogar en mi cabaña....
¡Oh! de las cosas vanidad profunda!

¿Y nadie acude a restañar mi herida
en esta soledad?... ¡Sombra querida,
cómo pudiera conjurar la intensa

congoja de la eterna despedida!...
¡Quién me diera ofrendarte, en una inmensa
lágrima de pasión, toda mi vida!



La Vida es Martirio

—Si el Dante creó un
infierno con la poesía,
yo he querido hacerlo
con la realidad.— Victor
Hugo.

-A la venerada memoria de mi padre
consagro este poema.-





PRELUDIO

Andrés —el Bueno— que en su aciaga vida
luchara estoico con la adversa suerte,
halló en la cuita de incurable herida
la redención sublime de la muerte....

¡Oh! Musa del Dolor —mi compañera—
que en mi arpa ensayas el cantar sombrío,
su largo sueño arrulla plañidera;
cubre con tu ala su sepulcro frío!—

Porque la hiel de la indigencia apura,
hasta el barquillo en flor de sus amores
naufraga en la onda ya de la amargura....

¡Del recuerdo a los tibios resplandores,
como nimbo de trágica hermosura,
el mártir corazón estalle en flores!....



*
* *

¡Cuán desgraciado, Andrés! En la inocencia,
al nívoo relumbrar de aquella aurora,
de la orfandad la insólita inclemencia,
con fúnebre ansiedad, maldice y llora.

Mas, llena tiene de candor el alma
y hasta es dichoso en su amargura... ¡Sólo
con la primera edad se boga en calma
sobre este mar de horror, de infamia y dolo!...

Tras la deshecha tempestad bravía,
Andrés, abriga, en su inocente seno,
el germen de otra célica alegría.

¡En su inocencia, de ternura lleno,
porque es sensillo, en el amor confía,
y el amor le acongoja, porque es bueno!





¡Trabajar es vivir! La incruenta lucha
de nueva vida con la inercia entabla,
y en emoción suprema a Dios escucha....
¡Dios a los buenos en los surcos habla!

¡Háblale Dios en el rincón sin lumbre
de la cabaña en que su madre gime;
le habla en la estepa, en la inflamada cumbre
y en esa informe voz de lo sublime!

Pues, al crudo rigor de los reveses,
a Dios sus cuitas dice clamorosas,
¡el Dios le cubre la heredad de mieses!

¡Su alma es el alma de las buenas cosas,
y habla con Dios en los fecundos meses,
cuando se viste el peñascal de rosas!



*
* *

— Dulce Inocencia — perdurable aroma
de aquella aurora en flor de arcano día —
eres la única voz del sacro idioma
que al Universo tiene en armonía!

Si mueres en las locas vanidades,
como una hoja que arranca el torbellino,
¡en el seno de mansas soledades,
te asila el alma en paz del campesino!—

Cuando se apaga el sol de la inocencia,
su propio corazón el niño esconde,
como harapo y no más de su indigencia.

—¿Jamás la dicha encontrarás en donde,
muerto el candor, fulgura la existencia?...—
—¡Jamás! jamás!— la Eternidad responde!....





Hobre del ave, cuando el ala empluma:
lejos del nido cariñoso y blando,
perdida vaga en la celeste bruma....
¡Así el recuerdo en orfandad, llorando!

Visión del Cielo, peregrino arrullo;
regio nimbo de luz y primavera
que en la pompa se cuaja del capullo....
¡Sagrado ensueño de la edad primera!

¡Te llora el alma! Cuando el sol se apaga
—despojo amado— en la nevada cima
sangra la luna, como abierta llaga....

¡Te llora el alma! Su orfandad sublima
la ardiente pena!... Como triste maga,
sobre la tumba del pasado rima!





PRIMER AMOR

En perenne afanar, desde el aprisco,
los rebaños conduce a la ribera;
escarda en el vergel, siembra en el risco....
¡Es numen de una eterna primavera!

¡Y pues, ya enciende su cerebro estulto
y restaña el amor la vieja herida!
Andrés, ya rinde a los ensueños culto:
¡que estalla en ondas de placer su vida!

¡Risueño canta! El corazón sencillo,
el virgen corazón de la montaña
se trueca en esa miel del caramillo!...

¡Es siempre un nido en flor toda cabaña,
y del hogar paterno el manso brillo
lumbre es de un cielo que otra dicha entraña!



*
* *

En ebriedad y fiebre de entusiasmo
canta el amor y el bien de la existencia.
Mas ¡resuena su voz, como un sarcasmo,
allá, en la soledad de su indigencia!

Onda de ensueños, sobre un mar sin playa,
que arrebató gimiendo el torbellino,
el himno santo del amor ensaya....
¡Amar y siempre amar fue su destino!

La ruda tempestad de la amargura
no a refrenar alcanza su ardimiento,
y al puerto en vano retornar procura....

Más allá de ese abismo turbulento
una mirada tímida fulgura:
¡su pira aciaga de mayor tormento!...





Por cuanto ha sido Inés su compañera
en los recientes juegos de la infancia,
llenar con ella su orfandad espera,
venciendo un negro horror que los distancia....

¡Oh! risueña ilusión de la memoria!
Aquella flor —divina flor del campo—
lucen en su vida, como en triste escoria
de un sol de primavera el tibio lampo.

Y en la ebriedad intensa del ensueño
que un regio edén fecunda en el vacío,
llámala a gritos de su vida dueño....

Mas ¿surcará ese piélago bravío
en barca de ilusión su amante empeño?
¿Conjura un sueño la orfandad, Dios mío?





Ah! no! La hermosa Inés ya el alma tiene
presa en las redes del gentil Raimundo,
y, cuando el triste a la heredad se viene,
le abrasa el fuego de un rencor profundo.

Paloma incauta que labrar ansía
en dorado artesón su amante nido,
de Andrés le ofende la tenaz porfía:
¡que a su inocente amor juzga atrevido!

¡Atrevido! ¡Y Andrés nunca se atreve
ni a profanar las sombras en que llora
del propio corazón la herida aleve;

mientras Raimundo, en perdurable aurora,
del rojo labio la frescura bebe
con que apaga la sed que le devora!....





Raimundo, el sabio de la pobre aldea
—moderno vate que endiosó su labio
con frase relumbrona, sin idea—
en las conquistas del amor es sabio.

Y pues, de su oro el inmortal hechizo
seduce y rinde a la sencilla gente....
¡El astro se eclipsó del paraíso,
al relumbrón falaz de la serpiente!

Raimundo sabe mucho más que el Cura....
y el pobre Cura, compasivo y ledo:
—¡es un prodigio!— con terror murmura:

-¡su inmenso genio domeñar no puedo!...-
Mas enfriarlo en su ilusión procura,
porque es tan dulce Inés que causa miedo....



*
* *

¡Casarla el Cura con Andrés ansía;
mas, ella, que en su loco amor se inflama,
fugóse con Raimundo, en pleno día....
¡Nadie subyuga a la mujer, cuando ama!

Y Andrés el fondo de la pena toca,
cuando en el pueblo el Sacristán, de pronto,
lanza una frase que a reír provoca:
- ¡ya el desgraciado Andrés **no es más que un tonto!**-

¡Inexcusable error! Pérfido mundo,
en donde siempre la malicia impera,
cual si fuera en el báratro profundo!

La justicia de Dios espera, espera....
¡Es, mientras viva, como un sol Raimundo,
y Andrés, **un diablo**, mientras no se muera!





Aquel su cielo que lo encierra todo
—primer amor, espléndida alborada—
Andrés, ya mira que lo envuelve en lodo
de un viejo sacristán la carcajada.

Y avergonzado entonces de sí mismo,
pregunta al Cura, de congoja lleno:
—¿el amor sin malicia es idiotismo?....
¿Por qué es la afrenta del que ha sido bueno?...—

¡Qué horror! Del mundo la iracunda saña
ese astro nívco del candor encona,
como el sol a la pérfida alimaña....

Así lo entiende, Andrés, y lo pregoná,
¡y, aunque la muerte se asiló en su entraña,
también esa honda iniquidad perdona!....





LASCIATE OGNI SPERANZA

¡Callad!... Ès la hora del ensueño vago!...
¡Allá, en la muerta soledad del pecho,
su espíritu se duerme, como el lago
en el profundo y cenagoso lecho!

¡Callad! callad!... Fantásticas visiones,
parleras aves sin vergel, sin nido:
ya es ido el sol de níveas floraciones,
ya el astro excelso del Amor es ido!

Se apaga ese astro de la dicha en breve
y embarga el alma y el sentido, luego,
la infausta vida, como aciaga nieve....

¡Sí: ya es la hora del fúnebre sosiego;
ya es la dicha de ayer ceniza leve,
porque acaba en ceniza todo fuego!



*
* *

§ólo reina el Dolor en cuanto existe
y es roja, como sangre, la real pompa....
¡Conquistará su dicha el alma triste,
cuando el cobarde corazón se rompa!...

El amor sin tormento languidece.
¡Callad! visiones de un placer soñado!
El amor cuando llora se ennoblece:
¡que no muere el amor si es desgraciado!

Ah! resuena la música suprema
del festín, la ruidosa carcajada,
cual fúnebre clamor: ¡es el poema

que en su orfandad modula nuestra nada!...
¡La rica perla de imperial diadema
es lágrima del pobre condensada!....





¡Callad! callad!... Sangrando está la herida
que abrió en su seno traicionera flecha.
¡La realidad de la implacable vida,
como acerada fauce, ya le acecha!...

Cayó del cielo de color de rosa,
do se meciera su inocente cuna.
Cayó en la vida... ¡Incauta mariposa,
le abrasa el rayo cruel de la fortuna!

¡Perded!... Ay! sí: **perded toda esperanza!**
La oscura senda de este valle umbrío
su débil paso a recorrer no alcanza.

¡Y pues, ya muerta la Ilusión, Dios mío,
la tempestad se cierne en lontananza
y el alma tiene miedo y siente frío!...



*
* *

¡Oh! tierra! oh! mar! oh! cielo majestuoso!
¡Fecundo sol que engendras las edades!
¡Oh! del mundo de ensueños prodigioso,
vorágine sin fin de vanidades!....

¡Ah! llora todo! Su miseria llora
la blanca luz en la brumosa tarde;
la Fe, a la sombra de la Cruz que adora;
el Genio, en brazos del Amor, cobarde....

Sólo ríe la Tumba: ingente brecha,
por do la triste Humanidad divisa
ese horror del Abismo que le acecha;

ígneas fauces que arroja la ceniza
en que otra humanidad cayó deshecha:
¡horrída mueca de sarcasmo y risa!—





GRANDIOSO ENSUEÑO

El corazón humano resucita
al rojo fuego de su hoguera propia,
y el cielo hermoso, en su profunda cuita,
como la noche, transparente y copia.

Sonámbulo perenne del destino
que el horizonte puebla de visiones,
recorre silencioso su camino,
entre la densa bruma y los turbiones.

El Angel de la Noche la siniestra
hoguera enciende de la loca danza,
en que a las Sombras del Sepulcro adiestra....

¡Y el pobre corazón avanza, avanza,
danzando en torno de esa luz que muestra
en la remota linde una esperanza!...



*
* *

Si refrenar la vida es imposible,
si conjurar no es dado el sufrimiento,
del corazón el fuego inextinguible,
allá en la tarde, enciende el pensamiento.

Al resplandor de la profana ciencia,
Andrés, el bien en lo ignorado inquiere....
Mas ¡todo está demás en la existencia,
cuando la virgen ilusión se muere!

Arrebatado en locas ansiedades,
remóntase a la cumbre de la Historia:
¡vorágine de enormes tempestades!

Y el drama de la vida transitoria
desarrollarse mira en las edades,
¡como infinita mar de infamia y gloria!





Allí, de Jove el prodigioso imperio,
entre el fragor de insólitas campañas,
y del Buitre el sañudo ministerio,
y el renacer de miser as entrañas....

La escasa lumbre del Olimpo acrece
el gran torrente de la luz latina.
¡Antorcha de justicia, resplandece
con luz de aurora de la Fe divina!...

Oh! inmensa dicha del linaje humano!—
Si el licencioso y viejo Paganismo
cayó en la tumba del poder romano,

¡de allá, del seno del profundo abismo
—encarnación sublime del Arcano—
ese Astro asoma ya del Cristianismo!





Ebrio de luz, de gloria, de entusiasmo,
como águila que posa en ardua cumbre,
Andrés, contempla, con asombro y pasmo,
de otros siglos la egregia muchedumbre.

¡Ya en el nombre de Dios el alma baña
con miel de gloria su infortunio mismo!...
¡Ya en el nombre de Dios la heroica España
transforma de la tierra el mecanismo! ...

Abre la Cruz sus brazos redentores:
¡abre afanosa sobre el ancho mundo
para estrechar a siervos y señores!

En frágil nave surca el mar profundo,
¡y el Nuevo Continente en resplandores,
por siempre, inunda de su amor fecundo!





¡Cuán noble y majestuosa la jornada
de la humana pro genie redimida!
No el rumbo lleva a la insondable nada:
¡la tumba es cuna de otra eterna vida!

Y fija la mirada en su destino
huella segura la amplitud del suelo,
y recorre triunfante su camino:
¡yergue la frente sin rubor al cielo!

El Orden y el Derecho, como fuerza,
como norma de todas las acciones
que el hombre opone a la fortuna adversa.

En sólo un ideal los corazones,
¡y —onda de lumbre perfumada y tersa—
en comunión eterna las naciones!....



*
* *

Andrés, ceñido de pomposas galas,
desde aquella radiante lejanía,
tiende a la Patria las robustas alas
de su ardorosa y joven fantasía.

¡Cómo enciende su sangre tumultuosa
el volcánico fuego de los Andes!
¡Cómo abrasa en la lucha prodigiosa
ese astro libre de los pueblos grandes!....—

—Oh! Patria!, ceñiré con lauro terso
tu sien que el fuego del honor caldea!....—
Lo jura así, retando al sino adverso,

y arroja al mundo su gigante idea....
¡La fragua colosal del Universo,
al choque de los genios, centellea!...





— **E**l amor de la Patria nunca engaña.—
Así piensa, en su férvida locura:
—¡sediento, tras de insólita campaña,
beberé toda dicha en su hermosura!—

Y, ardiendo en noble sed de patriotismo,
la Ley, el Orden, la Equidad evoca....
¡En la torre de mágico idealismo,
la enorme altura de esos sueños toca!...

¡Cuán infeliz! Su genio no comprende
que toda voz que la virtud enuncia
la insana furia del tumulto enciende.

¡Pues, fatigado, el Siglo se pronuncia
a favor de ese abismo a que desciende,
y el rudo imperio de la Noche anuncia!...





TRAGICA REALIDAD

Por qué, por qué del sabio el arduo empeño
a la tierra sus pasos encamina?
¡En la tierra la dicha es fútil sueño,
vano espejismo en floración divina!... —

¿Por qué la cumbre olvida? Quién lo sabe?
Así en ceniza truécase la llama
y apaga el huracán la voz del ave....
¡La ardiente lucha el corazón inflama!

¿Ansió, en palenque, do el honor gobierna
el diestro golpe de fornido brazo,
de los héroes ganar la prez eterna?

¿O morir quiso, circundado acaso
del esplendor de una apoteosis tierna,
como el sol de las pompas del ocaso?



*
* *

Mas, ay!, que no es el mundo cual fingía
del pobre sabio la ilusión grandiosa.....
¡Es de hienas hambreadas vil jauría;
de áspides negros, insondable fosa!

¡Fúnebre campo, en donde armada espera
la negra insidia, en hórrida asechanza,
y la ruindad de la ambición impera,
y es la tumba una célica esperanza!....

¡Sangriento circo, en donde yace el bueno
bajo el soberbio pie del atrevido!
¡Capitolio infeliz, de sombras lleno,

do el Senado de Roma, envilecido,
escucha sólo del infame Breno
el trágico clamor: ¡ay! del vencido! ...



*
* *

Una medrosa del infame Judas,
que oscila sobre el bátrio sombrío
y azota el cierzo de tremendas dudas
y circunda la noche del hastío!...

—¡Oh! acerbo Dante— prodigioso mago—
allá en su corazón, la inmensa tierra
—de fuego y sangre tempestuoso lago—
de ese tu infierno la crueldad encierra!—

Lanzado en plena noche a lo profundo,
solloza el Hombre —miserio proscrito—
con la apagada voz del moribundo....

¡En vano eleva su cansado grito:
está sumido en orfandad el mundo
y en soledad inmensa lo infinito!...



*
* *

¡La Guerra como ley! La humana fiera
se halla del hombre en perennal acecho...
¡Es muralla de cráneos la frontera
y el ancho mundo a la Ambición, estrecho!

Si al fin la Paz el pabellón extiende
de floridas y santas ilusiones,
de su sombra al amor, la Ciencia aprende
a redoblar la fauce a los cañones....

El Genio que llegó a la ansiada meta
sobre un sangriento charco se aletarga,
¡mientras canta esas glorias el Poeta!....

¡El Universo la Ambición embarga!
¡Todo en sus redes la Ambición sujeta,
y es toda gloria, como hiel, amarga!...





Andrés que un mundo huella tan diverso
de aquel edén que en sus ensueños ama,
ardiendo en ira contra el sino adverso,
en redentora sed su pecho inflama.

En el palenque del honor provoca
al tirano de un pueblo, sanguinario....
¡Rompió su lanza en impasible roca!...
¡Su heroica decisión fue su Calvario!...

¿Qué importa el Bien?... La muchedumbre esclava
arrástrase a los pies del insaciable
y cruel Tiberio que su huesa cava,

y arroja al redentor, cual siempre instable,
de atroz calumnia la asquerosa baba,
¡y Tiberio le dice: ¡miserable!....





Abandonando el triste abandonó la tierra:
¡rindió en el Claustro su tenaz empeño!...
Ya tiene, lejos de esa infame guerra,
si herida el alma, el corazón risueño....

¡Piscina de Siloé! Samaritana!
¡Hostia divina! Redentor aprisco!—
La oveja indócil ¿tornará mañana
en la falda a triscar de ajeno risco?

Ah! sí: que, en esa cumbre bienhechora,
embarga el alma una orfandad aleve,
cual noche sin crepúsculo ni aurora;

cunde en el pecho el desencanto en breve
y hasta la Fe desesperada llora....
¡Ay!, cubre toda cima tanta nieve!





LAGRIMAS Y HIEL

— ¡Da el día — rosa de inmortal corola —
brinda el néctar de amor: bella es la vida!... —
Canta, arrullando su amargura, sola,
la pobre humanidad en su guarida.

— ¡Amor! Amor!, tu regio vaso escancia
bajo ese dombo azul del firmamento! —
Mas ¡resuena su voz a la distancia,
como un eco de trágico lamento!... .

¡Amor! Amor!, tu vida, el sacrificio!...
Porque sus puertas el edén nos abra,
el Amor de la Cruz gime en suplicio.

Sin tormento el amor, fútil palabra....
¡Le informe el bien o le profane el vicio,
con llanto y sangre sus perfumes labra!



*
* *

—¡Hurra! Que el vino en abundoso riego
nos dé gloria y placer! La rubia Orgía,
con esa mano de pasión y fuego,
como una flor de miel, deshoje el día!...—

¡Y entre ellos muere sollozando el pobre
que renovando los viñedos suda,
como una onda de piélago salobre
muere en la playa indiferente y muda!...

Al vértigo febril el hombre llega
por ver de conjurar sus ansiedades.
Aquella turba que al placer se entrega

¿no tiene corazón? ... Las tempestades
todo lo arrasan en la undosa vega..
¡No siempre llena Dios las soledades!...





Guardan del rico la mansión suntuosa,
gruñendo en su dintel, rabiosos canes.
Mas, él, no duerme ¡sin piedad le acosa
su mártir corazón, lleno de afaes!

¡No duermen los tiranos!... A su muro
arrimase rugiendo el fiero encono...
¡Ese trágico cuervo del futuro
cubre con su ala el codiciado trono! ...

Sólo se duerme el triste que, rendido,
sobre un haz de heno y paja se reclina;
¡porque abriga el Señor el pobre nido!....

Duerme la virgen que al Edén camina,
y duerme el sabio, como el casto **ungido**....
¡El Crimen nunca duerme: ¡que asesina!





Es mariposa de oro su sonrisa;
sus lágrimas, sin causa, ricas perlas.
Con sus frases el mundo se electriza:
¡como el agua en la sed, corre a beberlas!

De todo ensueño floreciente ramo....
¡Se hinchan los senos de esa niña amada,
como garzas en férvido reclamo
sobre una rubia linfa perfumada!

Luego murmura el **Sí**, como un problema....
Oh! del Sueño crepúsculo deshecho,
ya esa lumbre del **Sí** los velos quema!....

Después... ¡la fiebre!... En el sombrío lecho,
gimiendo oprime, en ansiedad suprema,
las ya abatidas garzas de su pecho!...





TEMPESTAD DEL ALMA

Ha rota el ala del ensueño y rota
la heroica espada que en la lid blandía,
es un guiñapo que iracundo azota
el rudo cierzo de la noche umbría.

¡Sin fe ni gloria! Como un nombre vano,
de Dios el nombre pronunciar escucha....
¡Ese átomo de luz, ya es un gusano
que, allá en el cieno, con la muerte lucha!

Como en la soledad tronchada palma
que abrasa el sol con hórrida inclemencia,
yace sumido en afición. Su calma

es la noche sin fin de su existencia....
¡No en la paz de la tumba medra el alma!...
¡No reinas en la nada, Providencia!...





La profunda quietud del ancho cielo,
de esa cúpula inmensa del Abismo,
la voz no turba del humano duelo....
¡Se apaga el rayo, el cielo es siempre el mismo!

La humana pequeñez yérguese en vano
y arranca el dardo que su entraña hiere.
Allá en la lobreguez del hondo arcano,
como gota de luz ¡qué pronto muere!

En ese mar de sombra en que navega,
en esa noche que a tu Sér escuda,
¡cuán solitario, oh! Dios, el hombre brega!

Mudó el espacio, tu clemencia muda;
náufraga el alma que otra noche ciega:
¡Señor! Señor!, de tu existencia duda!

— — —



Andrés, ya nada de lo ignoto espera.
¡Del mar de la aflicción versátil onda,
asedia a gritos la estrellada esfera
sin que nadie a su voz, de allá, responda!

En la ebriedad y el juego ardiente busca
la ponzoñosa miel de los placeres
y en torpe orgía su razón ofusca....
¡Le envenena ese amor de las mujeres!

Pálido y triste, como **flor de histeria**,
ama en la aurora y con la tarde olvida....
¡En su incurable y trágica miseria,

de un sorbo quiere consumir la vida,
y en febril ansiedad, con la materia
del alma anhela restañar la herida!....

A decorative horizontal line with a central flourish, used as a section separator.



Mas, como sierpe de abrasante fuego
que todo pecho criminal desgarrá,
el cruel remordimiento clava, luego,
en ese corazón la férrea garra.

¡Infame! infame! — escucha el desgraciado
que con la voz de su conciencia lucha...
En los brazos candentes del pecado:
¡Infame! infame! — con terror escucha!

Y tiembla y gime y se refugia en donde
guarda la sombra su olvidado lecho.
¡Mas, ay!, en vano su ansiedad esconde:

¡Infame! — escucha bajo el pardo techo;
¡Infame! — el eco a su clamor responde
y al fúnebre latido de su pecho! ...





El huracán sacude la melena
de sañudas y locas tempestades.
y arroja a lo infinito el mar de arena
de las rubias, candentes soledades;

mas de la tarde la infinita calma
conjura el ciego ardor del cataclismo.
Ah! ¿quién puede enfrenarlo, cuando el alma
del corazón batalla en el abismo?

¿La tarde?... Como una onda de lo arcano
desbordada, gigante y bramadora,
lleua de horror el pensamiento humano....

¡La tarde de la vida —nueva aurora—
consume nuestro sér doliente y vano
con llama de otro mundo abrasadora!...



*
* *

¡Ni tregua ni piedad! En la tiniebla
ruge airado el despecho.... De horror lleno,
con sombras crueles su memoria puebla....
¡y otra vez y otra vez retumba el trueno!...

Relámpago voraz su luz enciende
en medio de esa tempestad rabiosa:
¡trágica idea que lo ignoto hiende;
hambreada fauce que a su sér acosa!...

Mas ¡retrocede con terror!... La vida,
la aciaga vida es Tántalo en suplicio,
sed que apaga la sangre del suicida;

¡pero, ay!, que, tras del hondo precipicio,
un Sér inmenso que a vivir convida
rechaza ese infecundo sacrificio!





ESTRELLA DE LA TARDE

Pues nada pudo sofocar el fuego
de fe cristiana que en su seno ardía,
allá, en la noche de sus penas, luego,
la luz se enciende que al Edén le guía....

Bajel de amores, desde ignota playa,
le arrasra el viento a la ribera, en donde
un astro nuevo de otro día ensaya
rasgar la niebla que su cuita esconde.

Ah!, Dios que anhela redimir la pena,
al reclamo letal de su gemido,
surcó la noche de borrascas llena!...

¡Ese ave errante —el corazón herido—
en el níveo frondal de una azucena,
ya tiene blando y primoroso nido!



*
* *

Ua el desgraciado Andrés un hogar tiene
y un angel que sus lágrimas recoja.
¡Allá, en la sirte, abandonando viene
sus negras ansias de mortal congoja!

¡Con cuánto ardor! Con qué inefable empeño
consagra a su deber toda la vida!
Su gloria, el bien del adorado dueño:
¡primera flor de su heredad querida!

Y otra vez el trabajo que redime
fecunda la aridez de la montaña,
en que el recuerdo de su infancia gime....

¡Si huye del mundo en actitud huraña,
a Dios adora, con ardor sublime,
en el rincón feliz de su cabaña!





¡Adora a Dios! Así la golondrina
que al crudo invierno atravesó los mares,
cuando la primavera se avecina,
trinando vuelve a los nativos lares.

¡Adora a Dios, y en la heredad seguro
vive de negras asechanzas, cuando
ya, escondida en los antros del futuro,
la insidia está sus dichas atisbando!....

Y pues, Simplicia, en sus crueldades traza
la ruina de ese hogar, que su insensible
corazón el ajeno bien rechaza.

Ah! con tesón arraiga indestructible
en el cimiento de esa humilde casa!...
¡Conjurar la desdicha es imposible!



*
* *

¡Venganza?... No! La abrasadora pira
ya el cierzo apaga que en la tarde zumba.
¡Perdón y olvido!— resonó su lira,
rompiéndose en la cruz de aciaga tumba! ...

¡Ah!, en la mar del encanto sin ribera,
en esa inmensidad sin lontananza,
sobre un bajel de mágica quimera,
ya el faro columbró de la esperanza!...

Mas, de la insidia el traicionero halago,
como a impulso de horrendo paroxismo,
su mitad primorosa, en día aciago,

mirando reflejado el cielo mismo,
¡buscó en las ondas del turgente lago
ese trágico cielo del abismo!...



*
* *

¡Mágico idioma del error y el vicio! ...
¡Oh! piel de oveja que al lobezno aliña!—
Simplicia habla a Isabel con artificio:
—¡Eres buena... ¡muy buena!... y eres niña!...—

Y añade luego: —¡La niñez tan sólo
puede explicar tu mísera ceguera!...
Dímelo ¿acaso la traición o el dolo
te hicieron de ese monstruo compañera?...

¿Recuerdas que lanzó, como en despecho,
contra la **Ley** el dardo de la injuria,
y fue tratado como vil deshecho?....

¡El demonio después de la lujuria
halló cabida en su ardoroso pecho!...
¡Eres un ángel tú y él, una furia!...—



*
* *

Uomenta así la conocida historia
de Andrés que un día batalló en el mundo.
¡Con ese andrajo que arrancó a la gloria,
la insidia cubre ya su seno inmundol

¡Esa historia, tramada con despojos,
con despojos del alma adolescente,
—única luz de sus cansados ojos—
tiene perfumes de lejano oriente!...

¿Por qué la insidia destrozar anhela? ...
¡Haz de abrojos que esconde ensangrentado
el mártir corazón que lo ama y cela!...

¡El honor que ambiciona el desgraciado
sobre un pantano inmundol el ala riela
para manchar su sien! ¿Es un pecado?....—





Aunque Isabel la seducción rechaza,
Simplicia, se insinúa poco a poco.
Cuando, Andrés, cuida el orden en su casa:
—¡Pobre niña!— murmura.— ¡Si es un loco!...

¿Loco?... ¡Talvez!... ¡Enorme desvergüenza!...
¡Con su **temor de Dios** cansa y hostiga! ...
¿Que no eres buena acaso ese hombre piensa?...
¡Sin duda es loco, desgraciada amiga!—

Cobra, Isabel, un repentino espanto
y abandona el hogar. ¡Doliente esposa,
naufraga en la onda ya de acerbo llanto!

¡Ella que ayer no más era dichosa,
si habla hoy del hombre a quien amara tanto:
¡Es loco!— dice, y con terror solloza!



* * *

¡Amar es padecer! De encantos llena,
cayó del Cielo esa infeliz paloma
y en el seno asilóse de su pena,
como en la cineraria casto aroma.

El pan de la Oración, miel de ternura,
Andrés, le daba, con amante anhelo.
De toda mancha preservó su albura:
¡que en su ala quiso remontarse al Cielo!...

Mas, como flor que aciago torbellino
del tallo arranca y deshojada arroja
sobre el árido polvo del camino,

tal, ese idilio sin piedad deshoja
y arrasa el soplo de feroz destino....
¡Tumba del alma, su mortal congoja!





Ah!, decidme ¿por qué, doña Simplicia,
se empeña en destrozar la dicha ajena?
Porque es en varias gentes la malicia
un inmenso placer, como en la hiena.

En este mundo ruin, de cualquier modo,
la ajena perdición el hombre labra.
¡Sin darse tregua, lo destruye todo
con el gesto, la acción y la palabra!

Razón tiene quizá la ciencia impía
que la cuna del hombre en la espesura
coloca de una agreste selva umbría.

¡Oh! Darwin ¿no es verdad que en criatura
humana transformóse, en negro día,
la horrenda bestia de la selva oscura?....





IL FRATE LUPUS

U siempre en esa mar de las edades
y en pos bogando de otra arcana orilla....
Siempre en medio de locas tempestades
y en brazos del ciclón la frágil quilla.

Y el mundo siempre en fragorosa guerra....
¡Qué imposible es la dicha del sosiego!
Labra el agua las rocas de la tierra
y el propio amor devora, como el fuego...

En medio de ese horrendo cataclismo,
debe mirar su huesa el moribundo,
como una isla de mágico espejismo;

mientras esconde su dolor profundo
del mártir corazón en el abismo....
¡Es la ajena congoja el bien del mundo!





Andrés, una hora su esquivéz olvida
y ensaya el ritmo que en la pena se halla...
¡Ese himno canta de la abierta herida
en que la sangre borbotando estalla!

¡Crueldad humana! Su lamento deja,
allá en el corazón del tierno amigo,
un eco de placer, como la abeja
miel en la fronda que le diera abrigo....

Llora el tormento de su noche helada....
¡Mas, ay! que, en toda la extensión del suelo,
sólo escucha una inmensa carcajada....

Sombra le ofrece la piedad del cielo;
la nube rayos, la conciencia nada....
¡Abruma todo al corazón en duelo!





U le asedia la turba corrompida,
vibrando el rayo de infamante mofa....
¡Jamás del alma restañó la herida
ese cáustico ardor de amarga estrofa!....

¡Oh! de la pena fementido culto!
Porque en su arpa gimió sus ansiedades
la turba hirióle con procaz insulto..
¡Cómo engendran los vientos tempestades!

¡Y todo es viento! Su pasión de un día
—luz de la hermosa juventud que pasa,
como un rápido sueño de alegría—

¡fue viento, sí, como el ciclón que arrasa,
como la tromba de la mar bravía,
como ese cielo que a la tierra abraza!





Ah!, cual la fiera que el despojo lame
de su presa infeliz y ruge aleve:
así, la estulta muchedumbre infame,
toda la sangre de su herida bebe!....

Refugio busca en el tranquilo seno
de su hermano de ayer....; mas siente el frío
de tanto arcano de fantasmas lleno:
¡ese frío tremendo del vacío!....

Tal, en la virgen tierra americana,
a la sombra de incógnito bosque,
sólo mira el vencido arder cercana,

—mientras su copa escancia de brevaje—
la hoguera que prendió la tribu hermana...
¡Su entraña come el vencedor salvaje!....





Que, al fin, le ciegue al hombre el cruel Destino
que al universo impone duras leyes,
y de la gloria el resplandor divino
y hasta esa triste pompa de los reyes....

Pero, ay!, que forje con su propia mano
sangrienta daga y trágicos cerrojos,
y luego medre, al sucumbir su hermano,
devorando sus míseros despojos....

¡Horror!.... De tanta sangre los vapores
ya el universo llenan.... y retumba
como un trueno de fúnebres clamores....

¡Mientras el mundo aciago no sucumba,
no dará el triste corazón sus flores
sino en las grietas de olvidada tumba!....





ULTIMO CUADRO

Baño extranjero sol el mundo esquivo:
que nadie sepa su mortal congoja!
Su cuita, como pobre sensitiva,
el llanto acerbo de sus noches moja.

Cualquiera rumor débil le parece
que es la voz del Arcano que le llama,
y, agarrado a la vida, se entristece
en el regazo de la sombra que ama!...

Porque en la tarde, cuando el sol moría:
¿si tornaré?.....gimió con eco suave,
sollozo y estertor de su agonía:

¿si tornaré a los míos? Quién lo sabe?—
Mas un eco lejano respondía:
nunca al nido deshecho torna el avel—



*
* *

Jamás sacude el polvo del camino....
Jamás su sed apaga esa honda fuente
de lágrimas y hiel.... ¡Como el Rabino,
no tiene en donde reclinar su frente!...

¡Viejas montañas de la sierra andina!
¡Cielo sin nubes! Majestad sublime!....
¡Rumor del campo —música divina,
con que esa calma de lo inmenso gime!—

En donde quiera su mortal tristeza
vertió en rimas de amor — celeste idioma
de toda cuita que perdona y reza....

¡En donde quiera derramó ese aroma
de la aflicción que resignada besa
la herida, como un nido de paloma!...



*
* *

— ¡Oh! Patria! Dulce hogar! Madre adorada!—
Prorrumpe, Andrés, al asomar la luna.
—Sombras vivientes, como yo, en la nada:
¡qué horrenda la crueldad de la fortuna!... —

Y arrástrase en la tierra, cual gusano:
¡de un sauce busca el perfumado abrigo! ...
En extranjera tierra el sér humano
no conjura su suerte: ¡va consigo!

Aunque él huyó de su nativo techo,
del amor destrozada la cadena,
¡quedóse el alma en ese hogar deshecho!

¡Y en donde quiera la amargura llena,
llena el profundo abismo de su pecho,
en que se muere el corazón de pena!





Como cuervos que en trágico tumulto
la res devoran, muerta en el collado,
su pobre sér —cadáver insepulto—
devoran los recuerdos del pasado.

¡Y otra vez la amargura de la vida,
Andrés —el Desdichado— saborea!...
¡Mas, ya su negra, su incurable herida
la muerte cerrará! Bendita sea!...

¡Gallardas ninfas de ese valle umbrío,
allá en el corazón de la hondonada,
cavad muy hondo su sepulcro frío!...

¡Que duerma allí! Su trágica jornada,
como de nube que surgió en estio,
no deje nada.... sobre el mundo nada!....



* *
* *

—Padre Bueno— murmura. Padre Santo,
perdona al triste que su error deplora.
¡Perdón! perdón!... He padecido tanto,
en noche sin crepúsculo ni aurora!...

Perdona, Padre, que también perdono....
¡Amar mi crimen fue! ... Cual Magdalena,
del mundo desdeñando el torpe encono,
el ánfora vertí de esencias llena!...

¡Ya muero!.. Gracias!.. Quien se muere acaba
el cruel martirio de la humana vida:
¡de ruin materia fementida esclava!

¡Ah! toda cuita quien se muere olvida,
porque la muerte las miserias lava
del alma con tu sangre redimida!...—



INDICE

PAGINAS

Ensayo histórico crítico	III
--------------------------------	-----

FLORES DE ENSUEÑO

Pórtico.....	1
Primaverales.....	3
Arrullo.....	4
Asciende.....	6
Reclamo.....	7
Idilio.....	9
Picaflor.....	13
Llora niña.....	15
¿Ries?.....	16
En la heredad paterna.....	17
Primera cuita.....	20
Ofelia.....	21
Sólo hay dicha en el cielo.....	23
El Viático.....	25
Madre Mía.....	25 bis
Desde otra orilla.....	27

CADENCIAS DE OTRO DIA

El libro.....	33
Patria.....	34
Llona.....	35
Montalvo.....	36
García Moreno.....	37
Eloy Alfaro.....	41
Paganini.....	45
El dorado.....	47
Canción indiana.....	49
Ibarra.....	53
Postal.....	56

Ante una tumba	57
A María	60

MARGARITA

Cita heroica	63
Pasión y muerte	66

COPAS DE ABSINTIO

Carpintero	71
Crepuscular	73
Treinta años	74
Suprema congoja	75
Pobre niño	76
Oh! esperanza!	77
Verdugo mío!	78
Velut umbra	79
Corazón	80
Magna gloria	81
Tormenta	82
Nocturna	83
Intima	85

POBRE LILIANA

.....	89
-------	----

LA VIDA ES MARTIRIO

Preludio	101
Primer amor	107
Lasciate ogni speranza	115
Grandioso ensueño	119
Trágica realidad	127
Lágrimas y hiel	133
Tempestad del alma	137
Estrella de la tarde	143
Il frate lupus	153
Ultimo cuadro	159

Ante una tumba	57
A María	60

MARGARITA

Cita heroica	63
Pasión y muerte	66

COPAS DE ABSINTIO

Carpintero	71
Crepuscular	73
Treinta años	74
Suprema congoja	75
Pobre niño	76
Oh! esperanza!	77
Verdugo mío!	78
Velut umbra	79
Corazón	80
Magna gloria	81
Tormenta	82
Nocturna	83
Intima	85

POBRE LILIANA

.....	89
-------	----

LA VIDA ES MARTIRIO

Preludio	101
Primer amor	107
Lasciate ogni speranza	115
Grandioso ensueño	119
Trágica realidad	127
Lágrimas y hiel	133
Tempestad del alma	137
Estrella de la tarde	143
Il frate lupus	153
Ultimo cuadro	159